
BRUGUERA
BOLSILIBROS
TERROR
Selección TERROR
Joseph Berna
EL EXPERIMENTO DEL DR. MARLOWE

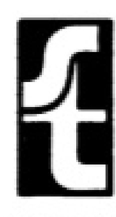
SELECCION

TERROR

JOSEPH BERNA

EL EXPERIMENTO DEL DR. MARLOWE

Colección SELECCION TERROR n.º 564
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

JOSEPH BERNA

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

559 — Foto-sex, Ralph Barby.
560 — La maldición de los Barrimore, Adam Surray.
561 — Reiré en mi funeral, Ada Coretti.
562 — La noche del cerebro. Curtís Garland.
563 — El monasterio perdido, Ralph Barby.

EL EXPERIMENTO DEL DR. MARLOWE

Colección SELECCIÓN TERROR n.° 564 Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN 84-02 02506-4 Depósito legal: B. 35.469 1983
Impreso en España - Printed in Spain
1. edición en España: diciembre, 1983 1.edición en América: junio, 1984

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A. Paretsdel Valles (N-152, Km 21,650) Barcelona 1983

CAPITULO PRIMERO

Ted Bevans detuvo su coche frente a la casa del doctor Walter Marlowe, ubicada en las afueras de Sacramento, la capital californiana.
Era una casa grande, antigua, pero se hallaba bastante bien conservada. Tenía, no obstante, un aire siniestro, lúgubre, tristón.
Eso, al menos, le pareció a Ted Bevans.
Era la primera vez que visitaba al doctor Marlowe.
Ted Bevans salió del coche.
Era un tipo alto, delgado, pero sano y fuerte. Contaba veintisiete años de edad, tenía el pelo oscuro y las facciones correctas. Vestía un traje claro, fresco y ligero.
En su mano izquierda, portaba un maletín.
Mientras caminaba hacia la puerta de la casa, Ted consultó su reloj digital. Eran las siete menos dos minutos.
Aquélla sería la última visita del día, porque había quedado con Caroline, su novia, y cuando abandonase b casa del doctor Marlowe, tendría el tiempo justo para ir a recogerla.

Iban a cenar juntos, en su resataurante favorito.
Y después...
A Ted le brillaron los ojos, sólo de pensarlo.
Tendría otra vez en sus brazos a Caroline.
Podría besar sus dulces labios, acariciar su esbelto cuerpo, hacer el amor con ella...
Sería maravilloso, como siempre.
Ted Bevans suspiró y dejó de pensar en su novia, porque ya estaba pulsando el timbre de la casa de Wal-ter Marlowe.
Un minuto después, la puerta se abría y se dejaba ver una mujer con la que Ted no se acostaría ni aunque le pagaran mil dólares por meterse en la cama con ella.
Era alta.
Flaca.
Fea.
Un loro, vamos.
Sólo le faltaban las plumas.
Y ya no cumpliría los cuarenta.
Aunque eso era b de menos, porque cuando tenía veinte años debía de ser igual de horrible.
Encima, la mujer era seria como un funeral.
Lógico.
¿Cómo iba a tener ganas de sonreír con aquella cara...?

Lo raro era que no estuviese llorando.
—La acompaño en el sentimiento, señora —se le escapó a Ted.
La mujer arrugó su fea cara.
—¿Cómo dice?
Ted tosió.
—Disculpe, estaba pensando en otra cosa.
La mujer, cuya voz era tan desagradable como toda su persona, preguntó:
—¿Quién es usted?
—Me llamo Ted Bevans y soy visitador médico. Represento a los Laboratorios Sexpa. Aquí tiene mi tarjeta. señora.
El loro tomó la tarjeta que le tendía Ted y comprobó que era cierto lo que éste decía. Después, alzó la mirada y preguntó:
—¿Desea hablar con el doctor Marlowe?
-Sí.
—No sé si podrá atenderle en este momento. Está trabajando en su laboratorio.
—Si no puede recibirme ahora, volveré mañana. A la hora que él me diga.
—Se lo preguntaré. Pase usted y espere, señor Bevans.
—Muchas gracias, señora.
Ted entró en la casa y la mujer cerró la puerta, alejándose seguidamente.
El vestíbulo era largo, así que Ted pudo fijarse bien en la parte posterior del cuerpo de la mujer, que estaba tan lisa como la parte anterior.
—Es un tablón, la pobre... —murmuró—. Ni pecho, ni caderas, ni trasero, ni nada de nada. Todo son huesos. Si el doctor Marlowe tuviese perro, ya se la habría zampado.
La mujer, que debía de ser la sirvienta de Walter Marlowe, desapareció por el fondo del vestíbulo.
—Menudo adefesio —suspiró Ted, y observó los muebles y las paredes, mientras aguardaba el regreso de la sirvienta.
Tardó unos cinco minutos en aparecer de nuevo.
Y con buenas noticias para el visitador médico.
—El doctor Marlowe le recibirá en su laboratorio, señor Bevans —comunicó.
—¿Ahora? —se alegró Ted.
-Sí.
—Qué suerte.
—Sígame, señor Bevans.
-Voy.
El esqueleto con faldas echó a andar y Ted Bevans la siguió hasta la puerta del laboratorio del doctor Marlowe, que se hallaba en el sótano

de la casa.
La sirvienta abrió la puerta e indicó:
—Baje usted, señor Bevans.
—Gracias, señora.
Ted cruzó la puerta y empezó a bajar la escalera, no demasiado iluminada. Mientras descendía tas peldaños, oyó que la fea cerraba la puerta.
Al llegar abajo, descubrió que el laboratorio del doctor Marlowe era aún más siniestro que su casa. Ted no era un tipo asustadizo, pero no pudo evitar un ligero estremecimiento al contemplar todo lo que el médico tenía allí abajo.
Ted se había quedado parado al pie de la escalera, con el maletín en la mano.
De pronto, por detrás de un estante, apareció un tipo delgado, que frisaba los cuarenta y cinco años de edad. Tenía el pelo gris, abundante y desordenado, las facciones desagradables, y unos ojos que no parecían mirar de un modo normal.
Como el hombre se cubría con una bata blanca, Ted no tuvo la menor duda de que se hallaba frente al doctor Marlowe.
—No se quede ahí, señor Bevans —dijo el médico—. Venga.
Ted se adentró en el laboratorio, impresionado por todo lo que veía.
El médico le tendió la mano.
—Soy el doctor Marlowe.
—Gracias por recibirme, doctor Marlowe —respondió Ted, estrechando la diestra del médico.
Le produjo una desagradable sensación, porque tenía la mano huesuda y fría.
—No dispongo de mucho tiempo, señor Bevans, pero no me pareció correcto hacerle volver.
—No me hubiera importado, se lo aseguro.
—Representa usted a los Laboratorios Sexpa, ¿no?
—Así es —asintió Ted.
—Bien, veamos qué nuevos productos me ofrece usted, señor Bevans.
—Se los mostraré con mucho gusto, doctor Marlowe. ¿Puedo dejar el maletín sobre esta mesa?
—Por supuesto.
—Gracias.
Ted puso su maletín sobre la mesa y lo abrió, sin poder disimular su nerviosismo.
—¿Le ocurre algo, señor Bevans...? —preguntó Wal-ter Marlowe. —No, nada. —Parece nervioso. —¿De veras?
—¿No le gusta mi laboratorio, señor Bevans? —Oh, á, claro que me gusta, doctor Marlowe. Es . muy grande y tiene usted de todo aquí.

—Ló necesito, para realizar mis experimentos. —Ya lo supongo.
—Actualmente estoy trabajando en algo muy serio, señor Bevans. —¿De veras?
—He logrado una droga fantástica. La he probado con los animales de mi laboratorio y los resultados no han podido ser más satisfactorios. —Lo celebro de veras, doctor Marlowe. —Ahora, tengo que probarla con un ser humano. Y eso es siempre un problema, señor Bevans, porque es difícil encontrar un hombre o una mujer que estén dispuestos a someterse voluntariamente al experimento, aun pagándoles por ello. —Sí, claro.
—¿No me haría usted ese favor, señor Bevans...? —sugirió el médico. Ted respingó. -¿Yo...?

—Si permite que pruebe la droga con usted, le haré un pedido importante.
Ted movió la cabeza.
—Lo siento, doctor Marlowe, pero yo no...
—Le aseguro que no correría usted ningún peligro, señor Bevans. La droga es totalmente inofensiva. En cuanto pasan sus efectos, todo vuelve a la normalidad. Ya le he dicho que la he experimentado con los animales de mi laboratorio y que los resultados han sido de lo más satisfactorios.
—No lo pongo en duda, doctor Marlowe, pero...
—Aparte de hacerle un pedido de productos importante, para que le proporcione una buena comisión, le entregaré una suma de dinero. ¿Qué le parece quinientos dólares...?
Ted movió la cabeza de nuevo.
—No se trata de dinero, doctor Marlowe.
—Tiene miedo, ¿eh?
—Francamente, sí.
—Entonces, lo siento por usted, señor Bevans, porque va a someterse de todas formas al experimento —dijo el médico, con una siniestra sonrisa en sus delgados labios.

CAPITULO II

Bruce Kendall, el encargado de los Laboratorios Sexpa, tenía treinta y dos años de edad, el pelo negro y las facciones varoniles. Medía casi metro noventa de estatura y era de complexión fuerte, atlética, con tos músculos bien desarrollados, porque era un gran amante de los deportes y practicaba algunos de ellos.

La mayoría de tos empleados de los Laboratorios Sexpa, eran mujeres.

Y, como Bruce seguía soltero, casi todas ellas intentaban echarle el lazo. Hasta el momento, sin embargo, ninguna había conseguido entablar una relación seria con él.

Relaciones de las otras, sí, porque Bruce no era tonto.

Le gustaban las mujeres.

Tanto como al que más.

Cuando una se le insinuaba claramente y le daba toda clase de facilidades, no la rechazaba, si la mujer le gustaba. Salía con ella, hacían el amor, disfrutaban los dos, pero Bruce no se comprometía a nada en ningún momento.

Y de esa manera, claro, ninguna mujer podía hacerle reproches.

Ninguna podía decir que Bruce la había engañado, la había seducido, o la había llevado a la cama con falsas promesas. Ellas querían hacer el amor con él, y Bruce las había complacido, así de sencillo.

Entre las pocas empleadas de los Laboratorios Sexpa que todavía no se habían insinuado al apuesto encargado, figuraba Cindy Merrill, una atractiva morenita de sólo veintitrés años de edad.

Y, curiosamente, Cindy era una de las chicas que más le gustaban a Bruce. Con ella sí que saldría a gusto cualquier noche, pero, si no se lo proponía él, seguramente se quedaría con las ganas, porque Cindy no era como las otras.

Bruce llevaba ya algunos días dudando entre invitar a Cindy a salir con él o seguir como hasta ahora, sin decirle nada.

Aquella tarde, por fin, se decidió a proponérselo.

Fue a la salida del trabajo, cuando todos los empleados abandonaban ya los Laboratorios Sexpa.

—Un momento, Cindy —rogó Bruce.

La atractiva morenita se volvió, un tanto sorprendida.

—¿Desea alguna cosa, señor Kendall?

—Hablar unos minutos contigo.

—¿De qué?

—Te lo diré mientras te llevo a casa en mi coche. ¿Tienes algún inconveniente en que te acompañe...?

—Ninguno.

Bruce la cogió del brazo con la mayor naturalidad. —Vamos, Cindy.
Caminaron hacia el coche, un Dodge claro, y entraron en él.
Bruce vestía un traje de verano y una moderna camisa de cuello abierto, porque no era muy amigo de las corbatas.
Cindy, por su parte, lucía una falda corta y una liviana blusa, que permitía vislumbrar el breve sujetador. Al sentarse, la faldita quedó tan arriba que dejó casi totalmente al descubierto tos preciosos muslos de la muchacha.
Bruce les echó una mirada, claro.
Cindy se dio cuenta y se estiró la faldita, cubriendo algunos centímetros más de muslo, pero pocos, porque la falda no daba más de sí.
Bruce sonrió y puso el coche en marcha, al tiempo que decía:
—Sólo las mujeres que tienen las piernas feas se esfuerzan por ocultarlas, Cindy.
Ella le miró.
—¿Qué tiene que decirme, señor Kendall? ¿No está satisfecho de mi trabajo?
—¿Qué te hace suponer eso?
—El hecho de que quiera hablarme, fuera de tos laboratorios...
Bruce sonrió de nuevo.
—Tranquilízate, Cindy. Estoy muy satisfecho de tu trabajo. No tengo la menor queja. Eres una de las empleadas más eficientes.
La joven sonrió también.

—Me quita un gran peso de encima, señor Kendall. Aunque sigo intrigada, ¿sabe?
—¿Tienes algún compromiso esta noche, Cindy?
—¿Compromiso?
—Me gustaría salir contigo. Invitarte a cenar. Conversar tranquilamente, sin mencionar para nada los Laboratorios Sexpa. Como dos buenos amigos, quiero decir, no como encargado y empleada. Así ya hablamos cada día, en el trabajo.
Cindy Merrill se apretó nerviosamente las manos.
—Me pone usted entre la espada y la pared, señor Kendall.
—¿Por qué?
—Si no acepto su invitación, se enfadará y puede que hasta me tome manía, lo cual me perjudicaría notablemente en mi trabajo, porque es usted el encargado y yo estoy a sus órdenes.
—Por favor, Cindy. ¿Cómo puedes pensar que tomaré represalias contra ti si te niegas a salir conmigo? ¿Qué clase de hombre crees que soy?
La joven se mordió los labios.

—Disculpe, señor Kendall. No era mi intención ofenderle.
—Olvidaré lo que has dicho, y también tu negativa, no te preocupes, si es que finalmente decides no aceptar mi invitación.
—Por mi gusto, aceptaría sin dudar, pero...
—¿Qué es lo que te frena?
—Lo que dirán mis compañeras, cuando se enteren de que he salido con usted.
—¿qué dirán?

—Que trato de pescarle, como ellas. Y que me he acostado con usted, como ellas.
Bruce tosió.
—Diablos, no sabía que lo comentaban en el trabajo.
—Vaya si lo comentan. Cuando usted no puede oírlo, claro. Es el principal tema de conversación. Y casi siempre acaba en discusión, porque todas las empleadas que han salido con usted creen tener más posibilidades que ninguna de llevarse el gato al agua.
—¿Qué gato?
—Usted.
—Es una falta de respeto llamarle gato al encargado, ¿no lo sabías?
—Perdone.
Bruce rió.
—Lo he dicho en broma, Cindy.
—¿No está enfadado, señor Kendall?
—Claro que no. Y tampoco lo estaré si no sales conmigo, aunque me sentiré un poco desilusionado. Tenía ganas de invitarte a cenar, pero no me decidía a proponértelo, porque temía tu negativa. Y la temía porque tú no eres como las otras, Cindy. Ellas se me insinúan siempre que tienen ocasión. En cambio, tú, ni una mirada.
—Es el hombre quien debe mirar a la mujer, pienso yo.
—Tienes razón.
—Creo que saldré con usted, señor Kendall.
—¿De veras? —se alegró Bruce.
—Sí, acabo de decidirlo.
—¿Ya no te importa lo que puedan decir tus compañeras?
—No, porque no será verdad. Ni tengo intención de pescarle, ni voy a acostarme con usted. Cenaremos, charlaremos, y luego cada uno se irá a su casa. Si tenía usted otros planes, señor Kendall, será mejor que cambie de chica.
Bruce sacudió la cabeza.
—No te cambiaría por ninguna otra, Cindy. Y puedes estar tranquila, porque mis planes coinciden con los tuyos. Sólo cena y charla. Y un beso de despedida, como mucho.
—De eso último, ya hablaremos.

—De acuerdo —rió Bruce, y siguió conduciendo su Dodge.

CAPITULO III

Ted Bevans se había quedado muy quieto tras las últimas palabras del extraño doctor Marlowe.
¿Someterse él al experimento, aun en contra de su voluntad...?
¡Ni hablar!
Teo reaccionó.
No quería seguir ni un minuto más en aquella casa.
Y menos aún en aquel siniestro sótano, convertido en laboratorio, en el que sólo Dios sabía la clase de experimentos que llevaba a cabo el doctor Marlowe.
Ted cerró su maletín, repleto de muestras de productos químicos.
Ya no sentía el menor interés por mostrárselos al doctor Marlowe.
Lo único que quería, era largarse de allí cuanto antes.
Ted carraspeó y dijo:
—Lo lamento, doctor Marlowe, pero tengo que marcharme.
—¿Marcharse?
—Sí, ahora mismo. Ha sido un placer conocerle, doctor Marlowe. Ya volveré otro día, con más tiempo, y le mostraré los nuevos productos de los Laboratorios Sexpa. Adiós, doctor Marlowe.
Walter Marlowe desgranó una risita.
—Hugo no le dejará, señor Bevans.
—¿Cómo dice?
—Que Hugo no le dejará salir de aquí, señor Bevans.
Ted miró nerviosamente a su alrededor, pero no vio a nadie.
—¿Quién es Hugo? —preguntó
—Mi ayudante.
—¿Dónde está?
—Lo verá si intenta salir del laboratorio.
Ted, que seguía sin descubrir al ayudante del doctor Marlowe, clavó sus ojos en el médico.
—¿Qué es lo que pretende usted?
—Probar mi droga con un ser humano, ya se lo he explicado.
—No puede obligarme a hacer de conejillo de Indias, doctor Marlowe.
—Yo, no; pero hugo, sí.
—Tampoco.
—Verá como sí, señor Bevans —sonrió el médico.
—Hasta nunca, doctor Marlowe —rezongó Ted, y caminó resueltamente hacia la salida del siniestro laboratorio.
Walter Marlowe no hizo nada por retenerle.
Ya se encargaría Hugo de ello.
Ted Bevans pensaba que iba a alcanzar la escalera, porque estaba ya muy cerca de ella, cuando, de repente, apareció el ayudante del doctor Marlowe, cortándole el paso.

Había surgido de detrás de unos estantes, silencioso como una sombra.
Ted dio un salto hacia atrás, asustado.
Aterrorizado, más bien.
Y motivos tenía para ello, porque el ayudante del doctor Marlowe era un ser gigantesco, escalofriante, aterrador.
Los dos metros de estatura, los rebasaba claramente.
Era, además, extraordinariamente corpulento.
Con todo, lo que más impresionaba era su cara, pues, aparte de ser feo en avaricia, le faltaba un ojo, el izquierdo. Y el tipo no se había molestado en cubrírselo con un parche.
Para mayor horror, el gigantón tenía una espantosa cicatriz en la mejilla derecha, que le nacía en la sien y terminaba en el mentón, cuadrado como una caja de cartuchos.
Tenía, además, las cejas tan pobladas que se le juntaban, formando una especie de cepillo bajo la frente. También sus orejas, realmente elefantescas, estaban llenas Be pelos.
Y es que el tipo era peludo como un orangután. Sus manazas eran tan velludas, que parecía que llevaba guantes negros. Y no eran guantes, sino pelos.
Cientos de pelos.
Miles de pelos.
Para acabarlo de arreglar —de empeorar, más bien—, el gigante tenía una nariz que era talmente el corcho de una botella de champaña, unos labios tan gruesos, que parecían salchichas de Francfurt, y unos dientes que ya bs hubiera querido para sí la muía Francis.
No necesitaba saber karate para partir ladrillos y tablones.
Hugo podía partirlos a bocados.
Y pisando uvas, para hacer vino, podría ganarse un magnífico sueldo porque sus pies eran descomunales. Más que zapatos, parecía que calzaba piraguas.
Al igual que el doctor Marlowe, Hugo se cubría con una bata blanca, aunque la suya estaba llena de manchas de todos los colores. Y era tan enorme, que con la tela empleada para confeccionarla se hubiera podido uniformar a media docena de enfermeras, gorritos incluidos.
El gigante se había quedado quieto como una estatua, cubriendo la salida del laboratorio con su corpachón.
Walter Marlowe se acercó, riendo.
—Ya conoce a Hugo, señor Bevans.
Ted no respondió.
Sentía la boca seca como un esparto.
Y un sudor frío por todo el cuerpo.
Había palidecido y le temblaban ligeramente tas labios. Todo ello era producto de su pánico. Intuía que no iba a poder salir del laboratorio,

porque para ello tendría que apartar al monstruoso Hugo, y haría falta un tractor para moverlo de alK.
El doctor Marlowe le palmeó la espalda y dijo:
—Será mejor que se someta voluntariamente al experimento, señor Bevans. Si no lo hace, tendré que ordenar a Hugo que lo agarre con sus poco delicadas manos y lo coloque en la mesa de experimentos.
Ted se estremeció.
No quería luchar con el gigantesco Hugo, pero tampoco quería experimentar en su organismo la droga inventada por el diabólico doctor Marlowe, porque podían pasarle muchas cosas.
Y ninguna buena, seguro.
Walter Marlowe lo cogió suavemente del brazo.
- ¿Vamos, señor Bevans...?
—¡No! —rugió Ted, apartando de un violento empujón al médico.
El doctor Marlowe perdió el equilibrio y cayó al suelo, lo que le enfureció.
—¡Atrápalo, Hugo! —ordenó.
El orangután soltó un bramido, capaz de asustar a Supermán, y movió el par de columnas griegas que tenia por piernas.
Ted sintió un profundo escalofrío al ver venir al gigante hacia él, pero ello no impidió que tratara de burlarlo y alcanzar la escalera, única manera de escapar de aquel maldito laboratorio.
Intentó pasar por su izquierda, con toda rapidez, pero no pudo evitar que Hugo disparara su zarpa y lo agarrara de un brazo.
Los dedos del gigante peludo se cerraron como garfios, triturando el brazo del visitador médico, que dio un grito de dolor.
—¡Suéltame, gorila! —rugió Ted, y le arreó con el maletín en toda la cara.
Hugo bramó y le soltó el brazo, llevándose ambas manos al rostro.
A su nariz de corcho, más concretamente, porque alM se había estrellado el maletín de Ted Bevans.
El golpe, aparte de ser muy doloroso, hizo sangrar al ayudante del doctor Marlowe por ambas fosas nasales.
Ted aprovechó aquellos instantes para alcanzar la escalera y subir rápidamente por ella.
Walter Marlowe, todavía en el suelo, ordenó:
—¡Ve tras él, Hugo!
El ayudante obedeció, haciendo temblar los peldaños con sus pies de elefante.
Ted ya había alcanzado la puerta, pero, cuando tiró de ella, se llevó una desagradable sorpresa.
¡Estaba cerrada por fuera!
Ted adivinó que había sido cosa de la flaca y fea sirvienta, y golpeó la puerta con rabia.

—¡Abre, pajarraca! ¡Tengo que salir de aquí, espantapájaros! ¡No soy un cobaya!

El loro no abrió, claro.

Cumplía órdenes del doctor Marlowe.

Ted, desesperado, porque oía las elefantescas pisadas de Hugo, cargó contra la puerta con su hombro, con la esperanza de derribarla.

Inútil intento, porque la puerta era gruesa y sólida, y el cerrojo muy resistente.

Hugo llegó arriba, con la boca manchada de sangre.

La que seguía manando de su golpeada nariz, que se le estaba hinchando por segundos, acentuando la fealdad natural de su deformado apéndice nasal.

Ted sintió un ramalazo dé frío en la espalda al ver aparecer al ayudante del doctor Marlowe.

El gigante le atacó y Ted no tuvo más remedio que olvidarse de la puerta, para poder hacerle frente.

—¡Atrás, bestia prehistórica! —gritó, golpeándole de nuevo con su maletín.

Hugo se protegió la cara con el brazo y el maletín, en esta ocasión, no le hizo ningún daño. Con la otra mano, y actuando con mucha rapidez, le aferró el brazo al visitador médico y le obligó a soltar el maletín.

Ted dio un chillido.

Pensaba que el gigantón iba a romperle el brazo.

Pero no.

Lo que Hugo hizo, fue propinarle un par de golpes.

Ted quedó aturdido y ya no pudo ofrecer resistencia alguna.

El ayudante del doctor Marlowe ta agarró y se to echó al hombro con asombrosa facilidad. Después, bajó la escalera.

Walter Marlowe sonrió al verle aparecer, cargado con el visitador médico, e indicó:

—Quítale la ropa y átalo a la mesa de experimentos, Hugo. Estoy ansioso por inyectarle la droga y ver qué pasa.

CAPITULO IV

Bruce Kendall y Cindy Merrill estaban cenando en un popular restaurante, elegido por el encargado de los Laboratorios Sexpa, porque había estado varias veces en él y siempre había quedado satisfecho.
—¿Lo estás pasando bien, Cindy?
—Oh, sí, muy bien, señor Kendall.
—¿Por qué no me llamas Bruce?
—Porque es el encargado de los Laboratorios Sexpa, y yo solamente soy una empleada.
—Quedamos en no mencionar para nada tos Laboratorios Sexpa. Y en conversar como dos buenos amigos, no como encargado y empleada. En el trabajo tienes que llamarme señor Kendall, como el resto del personal, pero ahora quiero que me llames por mi nombre.
Cindy sonrió.
—Está bien, Bruce.
—También quiero que me tutees.
—A eso no creo que me atreva.
—Insisto.
La muchacha lanzó un suspiro.
—De acuerdo, lo intentaré.
—Te será muy fácil si olvidas que soy el encargado de tos Laboratorios Sexpa. Mírame como to que soy en estos momentos. Un hombre que deseaba salir contigo, porque le gustas mucho, y que por fin lo ha conseguido.
—¿De verdad te gusto, Bruce?
—Mucho, acabo de decirlo.
—Pues no creo que sea la empleada más guapa de los Laboratorios Sexpa.
—Para mí, sí.
—Si lo oyeran las demás...
—No me importaría en absoluto.
—¿No les dirás a ellas lo mismo, Bruce?
—Te aseguro que no. No tengo necesidad de engañarlas.
—Eso es verdad. Te dan todo lo que tienen porque quieren. Están locas por atraparte.
—Ninguna de ellas lo conseguirá. Me gustan para pasar el rato, pero no siento nada especial por ninguna. Cuando yo me enamore, será de una chica como tú, Cindy.
—Me siento muy halagada.
—¿Te enamorarías tú de un tipo como yo?
—No creo que me fuera difícil.
—Entonces, saldremos más veces.

—¿Más veces?
—Sí, quiero ver si me enamoro de ti. Y tú de mí. Tengo treinta y dos años y es hora ya de ir pensando en el matrimonio. No quiero que mis hijos se confundan cuando me miren y me tomen por su abuelo. Cindy se echó a reír. —¡Para eso tendrías que casarte a los cincuenta, Bruce!
Este le cogió la mano y se la oprimió con suavidad.
—No quiero esperar tanto, Cindy. Estoy cansado de ir de mujer en mujer. Me he divertido ya lo mío. Ahora deseo otra clase de vida. Y quizá la encontremos juntos.
—¿No te estás precipitando, Bruce?
—Tal vez. Pero es que tengo la corazonada de que tú eres la mujer que necesito para ëevar la vida que ; deseo. Si estoy equivocado, to lamentaré profundamen-| te, créeme.
Cindy rescató su mano.
—Sigamos cenando, Bruce. Es la primera vez que salimos juntos y no debemos hablar de algo tan serio como el matrimonio. Hay que esperar.
—Tienes razón —sonrió Kendall, y dio un giro total a la conversación.
Como Ted Bevans no había perdido totalmente el conocimiento, se dio cuenta de que el monstruoso Hugo lo colocaba sobre una mesa alargada, bastante alta, y empezaba a quitarle la ropa.

Lo veía todo, sin embargo, como en un sueño.
Era a causa de su aturdimiento.
Un aturdimiento que le impedía defenderse, porque lo había dejado sin fuerzas. Y, aunque lo intentó, no pudo evitar que el gigantesco ayudante del doctor Mar-lowe lo desnudara.
Se lo quitó todo menos el slip.
Después, lo ató a la siniestra mesa de experimentos con sólidas correas. Ted no podía mover los brazos, las piernas, ni la parte media de su cuerpo, ya que una de las correas le pasaba por la cintura.
Lo único que podía mover, era la cabeza.
Incluso levantarla.
Y eso hizo Ted, que se iba recuperando poco a poco de los duros golpes que le propinara el elefantesco Hugo y ya veía las cosas con más claridad.
Lo primero que vio, fue que el doctor Marlowe cogía una jeringa, le colocaba una aguja hipodérmica, y la llenaba de una sustancia verdosa.
Ted se estremeció perceptiblemente sobre la alargada mesa.
En primer lugar, porque la jeringa era bastante más grande de lo normal.
«¡Que no soy un caballo!», estuvo a punto de gritar el visitador

médico. Pero no lo hizo.
y es que, en realidad, el tamaño de la jeringa era lo de menos.
Lo que de verdad aterrorizaba a Ted Bevans, era el líquido verdoso que el doctor Marlowe estaba haciendo penetrar en la jeringa, lentamente, porque la operación no podía hacerse con mayor rapidez.
Ted adivinaba que se trataba de la droga creada por aquel diabólico médico. La que quería experimentar con un ser humano, para saber lo que pasaba.
Y podía pasar de todo.
El peludo Hugo, quieto junto a la mesa de experimentos, observaba también al doctor Marlowe.
El médico acabó de llenar la jeringa y se acercó a la mesa, haciendo brillar sus ojos de loco.
—Ha llegado el momento, señor Bevans.
Ted, que seguía con la cabeza ligeramente levantada, se agitó sobre la mesa de experimentos.
—¡No...! —chilló—. ¡No me inyecte eso, maldito!
—Después me lo agradecerás, muchacho. Te voy a convertir en un hombre más alto, más corpulento, y más musculoso. Poseerás la fuerza de un titán. Comparado contigo, Hugo tendrá la fuerza de un niño. ¡Seras un superhombre, Bevans!
—¡No quiero ser más alto ni más fuerte! ¡No quiero ser un superhombre! ¡Quiero seguir siendo como soy!
—Lo dices porque estás asustado.
—¡Claro que estoy asustado! ¿No lo estaría usted, en mi lugar...?
—Probablemente.
—¡Le ordeno que me suelte, doctor Marlowe!
—No, voy a inyectarte la droga.
—¡Se lo prohibo!

El doctor Marlowe no hizo caso y le clavó la aguja en el brazo derecho.
Después, presionó el émbolo de la jeringa y la sustancia verdosa empezó a penetrar en el organismo del indefenso Ted Bevans, que sólo podía chillar.
Y eso hizo.
Chillar a pleno pulmón.
Desgraciadamente para él, nadie podía oírle.
Bruce Kendall detuvo su coche frente al edificio en donde vivía Cindy Merrill y paró el motor.
—Habrás visto que no te engañé, Cindy —dijo, mirándola.
—¿A qué te refieres?
—Sólo cena y charla.
—Es verdad, has cumplido tu palabra —sonrió ella.

—¿Hablamos de lo otro?
—¿De qué?
—Del beso de despedida.
—Me lo puedes dar, si quieres.
—¿Que si quiero...? —repuso Bruce, tomándola por la cintura.
—Eso he dicho.
—No sabes cómo lo deseo, Cindy.
—Pues dámelo, antes de que me arrepienta.
Bruce la besó.
Larga y expertamente.
Cindy sintió que la mano de Bruce se posaba en su muslo derecho y se lo acariciaba suavemente, pasando después al otro. No le frenó, porque Bruce se limitó a eso, a acariciarle las piernas con delicadeza, sin intentar llegar más arriba.
Si la mano de Bruce se hubiera mostrado más audaz, Cindy no lo habría permitido, por muy encargado de los Laboratorios Sexpa que fuera.
Tras el beso, sin embargo, Cindy dijo:
—De las caricias no habíamos hablado, Bruce.
—El beso necesitaba un complemento.
-Ya.
—Además, sentía deseos de acariciar tus preciosas piernas, qué demonios. Si las tuvieras feas, el beso no habría tenido complemento.
—Seguro que no. Pero el beso ha terminado, Bruce. Y tu mano sigue acariciando mis piernas.
—¿Sabes por qué?
-No.
—Porque voy a besarte de nuevo.
—Así no habíamos quedado.
—Pero podemos quedar ahora.
—Acabarás convenciéndome, lo sé.
—No lo dudes —sonrió Bruce, y volvió a unir su boca a la de ella.
Cindy no puso objeciones.
Le gustaba cómo besaba Bruce.
Y deseaba un segundo beso tanto como él.

CAPITULO V

El doctor Marlowe extrajo la aguja hipodérmica del brazo de Ted Bevans.
La jeringa estaba vacía.
Ted ya no se agitaba ni gritaba.
Había quedado muy quieto sobre la mesa de experimentos, con una extraña expresión en los ojos, muy abiertos. Sentía correr por su venas la sustancia verdosa que el doctor Marlowe acababa de inyectarle, y mezclada con su sangre, estaba invadiendo su organismo.
La primera sensación, era de sopor.
De somnolencia.
De adormecimiento.
Ted Bevans no pudo resistir aquella modorra persistente, causada por la droga, y sus dilatados ojos empezaron a cerrarse.
El doctor Marlowe observaba atentamente sus reacciones, todavia con la jeringa de caballo en las manos. Junto a él, muy atento también, seguía el gigantesco Hugo.
El visitador médico había cerrado totalmente los ojos.
Parecía dormido.

Pero el doctor Marlowe sabía que no lo estaba.
De pronto, el corazón de Ted Bevans empezó a latir con fuerza.
Con tanta fuerza, que se le podía oír sin necesidad de recurrir al fonendoscopio.
¡Sonaba como un tambor!
Era la segunda reacción de la droga.
Había ocurrido lo mismo con los animales escogidos por el doctor Marlowe para experimentar con la sustancia inventada por él.
El pecho desnudo de Ted Bevans se movía a cada latido.
Sus ojos, sin embargo, seguían cerrados.
y el resto de su cuerpo, absolutamente inmóvil.
Pero el doctor Marlowe sabía que no sería por mucho tiempo.
La tercera reacción estaba a punto de producirse.
Y se produjo.
Ted Bevans sufrió una violenta contracción, abrió los ojos de golpe, exageradamente, y lanzó un grito terrible, como si acabaran de aplicarle un hierro candente en el pecho.
Después, su cuerpo empezó a transformarse, desde la cabeza a los pies.
Lo primero que cambió, fueron sus ojos.
Se tornaron rojos.
Birllantes.

Tanto, que parecían despedir fuego.
Un adorador de Satán no hubiera dudado en afirmar que eran los ojos del mismísimo rey de los infiernos.
El propio doctor Marlowe se impresionó.
Y eso que ya lo esperaba, porque los animales con los que había experimentado su droga, habían tenido una reacción idéntica. Pero no era lo mismo contemplar semejante transformación en una rata, por ejemplo, que en un hombre.
También Hugo estaba impresionado, y mantenía su único ojo muy abierto, para no perderse detalle.
Ted Bevans sufrió nuevas contracciones y lanzó nuevos gritos, cada vez más estremecedores.
Eran auténticos alaridos de animal.
Y es que en eso se estaba convirtiendo Ted Bevans, en un animal.
En una bestia horrible.
Monstruosa.
Se le estaba volviendo la piel oscura, dura como la de un rinoceronte, y se le estaba llenando de pelos, largos y tiesos como cerdas.
Le estaban creciendo las uñas de las manos y de los pies, al tiempo que se ennegrecían. Y también le estaban creciendo los dientes.
En realidad, le estaba creciendo todo.
Brazos, piernas, pecho, cabeza, caderas...
Esto último, el ensanchamiento de sus caderas, hizo que el slip reventara, incapaz de resistir la presión.
Tampoco las correas pudieron resistir la presión del agrandado cuerpo de Ted Bevans, y saltaron una detrás de otra, dejando libre al visitador médico, convertido ahora en un ser terrorífico, en una fiera salvaje, poderosa, muy difícil de dominar.
El doctor Marlowe se asustó al ver que las correas estallaban y el transformado Ted Bevans quedaba en libertad. Dio un salto hacia atrás y gritó:
—¡Sujétalo, Hugo!
El gigantesco ayudante se abalanzó sobre la horrible bestia que ahora era Ted Bevans, tan gigantesca o más que él. Y, desde luego, mucho más fuerte.
Se vio en seguida, porque Hugo no sólo no pudo sujetar al cambiado Ted, sino que no pudo impedir que éste lo derribara de un tremendo empujón.
Después, Ted Bevans saltó de la mesa de experimentos y rugió como un gorila.
Eso parecía, un gorila gigantesco.
El doctor Marlowe retrocedió, aterrorizado.
Aquello no era lo que él pretendía con su droga.
Ted Bevans no se había convertido en un superhombre, como él

esperaba y deseaba, sino en un animal salvaje, agresivo y peligroso.
—¡En pie, Hugo! —gritó el médico—. ¡Tienes que detener a esa bestia!
El ayudante se incorporó.
Era un tipo valiente.
Sabía que se enfrentaba a un ser superior, gracias a la droga del doctor Marlowe, pero confiaba en reducirlo.

Hugo saltó sobre la bestia e intentó derribarla, pero no lo consiguió.
Ted Bevans lo rodeó con sus poderosos brazos y comenzó a apretar, al tiempo que lanzaba un escalofriante rugido.
Hugo también rugió, pero de dolor.
¡La bestia lo estaba triturando!
¡Le partiría el espinazo, si no dejaba de apretar con sus brazos de acero!
, El doctor Marlowe, a pesar del aspecto de animal que había tomado Ted Bevans en su transformación, se dijo que tal vez conservaba algo de su inteligencia de hombre, y gritó:
—¡Suelta a Hugo, Bevans! ¡Si lo matas, no te devolveré a la normalidad! ¡Yo soy el único que puede hacerlo! ¡Sé cómo anular los efectos de la droga, pero no te inyectaré el antídoto si le rompes el espinazo a mi ayudante!
La bestia pareció entender lo que le decía el médico, ya que aflojó la presión de sus poderosos brazos y Hugo se desplomó, gimiendo de dolor.
El terrible abrazo del gigantesco animal lo había dejado sin fuerzas.
Ted Bevans lanzó un nuevo rugido y fue hacia el hombre que lo había convertido en una horribie bestia con su maldita droga.
El doctor Marlowe echó a correr hacia la salida del laboratorio.
—¡No, Bevans! ¡A mí no debes hacerme ningún daño! ¡Sólo yo puedo devolverte tu aspecto de antes! ¡Si me matas serás para siempre un horroroso animal!
Ted corrió más que el médico y lo atrapó con sus manos de gorila, cuando ya Walter Marlowe empezaba a subir la escalera.
El doctor Marlowe dio un chillido de terror al ver que la bestia creada por él lo levantaba como si fuera una pluma.
—¡Déjame, Bevans! ¡Tu vuelta a la normalidad despende de mí, no lo olvides!
Ted mantuvo al médico en alto, por encima de su cabeza.
Parecía dudar entre estamparlo contra el suelo, con su fuerza de titán, y romperle todos los huesos, o renunciar por el momento a sus deseos de venganza.
El doctor Marlowe pataleaba en el aire como un chiquillo.
—¡Por favor, Bevans! ¡Déjame en el suelo!

Ted no lo estrelló contra el suelo, pero lo lanzó contra una estantería, que se venció al recibir el impacto.
La estantería cayó, con todos sus chismes, y el doctor Marlowe cayó con ella, gritando.
Ted dio un rugido y empezó a subir la escalera.
El doctor Marlowe lo vio y gritó:
—¡Vuelve, Bevans! ¡No puedes salir del laboratorio en ese estado! ¡Eres un peligro para todos!
Ted no hizo caso y siguió subiendo los peldaños, sin dejar de rugir.
Y es que no le era fácil controlarse.
Razonar como un ser humano.

Su cerebro estaba alterado y su instinto, ahora, era más de animal que de hombre.
Ted llegó arriba.
La puerta del sótano seguía cerrada por fuera.
Antes, Ted no pudo forzarla.
Ahora, en cambio, le resultó muy sencillo.
Cargó contra ella y el cerrojo, a pesar de su grosor, saltó al instante.
Ted Bevans salió del sótano, emitiendo un rugido de triunfo.
La fea y huesuda sirvienta del doctor Marlowe lo vio aparecer y creyó morirse de espanto. Había oído los rugidos e intuía que algo terrible estaba sucediendo en el laboratorio, pero no se esperaba aquello.
Ted la descubrió y fue hacia ella, caminando como un primate.
El loro chilló y echó a correr.
Lo hizo tan alocadamente, que perdió el equilibrio y cayó al suelo.
Quiso levantarse con rapidez, pero no le dio tiempo.
Ted Bevans ya estaba junto a ella.
Y, como recordaba que la sirvienta cerró la puerta del sótano, impidiéndole salir de él cuando intentaba huir del monstruoso Hugo, la agarró con sus enormes y peludas manos, la levantó por encima de su cabezota, y la estrelló contra la pared más próxima,
La sirvienta rebotó en ella y cayó al suelo como una cosa muerta.
Ted Bevans soltó un nuevo rugido y abandonó la casa.

CAPITULO VI

Bruce Kendall vivía en una bonita casa, ubicada, como la del doctor Marlowe, en las afueras de la ciudad. Era mucho más pequeña, naturalmente, pero también mucho más moderna.
Estaba rodeada de césped, tenía garaje, y hasta piscina, en la parte de atrás, que era donde se hallaba el jardín.
Eruce Kendall llevaba ya varios años de encargado en los Laboratorios Sexpa, desarrollaba eficazmente su trabajo, y percibía un magnífico sueldo, lo que le había permitido abandonar el apartamento en donde vivía y adquirir aquella bonita casa.
En ella esperaba crear una familia.
Y ya le había echado el ojo a la mujer que podía ser su esposa, dentro de poco, y la madre de sus hijos.
Era Cindy Merrill, naturalmente. Bruce lo había pasado muy bien con ella aquella noche.
Y eso que sólo le había dado un par de besos y acariciado unos minutos las piernas.
Pero no importaba.
Cindy era una muchacha encantadora.

No hacía falta llegar más allá de los besos y las caricias carentes de toda malicia para pasarlo bien con ella, porque su sola compañía era ya un placer.
Sin dejar de pensar en Cindy, Bruce metió su coche en el garaje, paró el motor, y descendió del vehículo. Estaba cerrando la puerta del garaje, cuando oyó sonar el timbre del teléfono.
Bruce entró rápidamente en la casa y contestó desde el salón.
-¿Diga...?
—¿Es el señor Kendall...? —preguntó una voz femenina.
-Sí.
—Soy Caroline Platt, la novia de Ted Bevans.
—¡Hola, Caroline! —exclamó Bruce, sonriendo.
—¿Me recuerda usted, señor Kendall?
—¡Naturalmente! Hace sólo unas semanas que Ted nos presentó.
—Llamé antes, pero no cogía usted el teléfono.
—No estaba en casa, Caroline; acabo de llegar. He cenado fuera.
—Eso supuse. Yo también tenía que haber cenado fuera, pero me he quedado con las ganas.
—¿Qué ha pasado, Caroline?
—Ted no ha venido por mí.
—Es muy extraño, ¿no?
—Desde luego. Por eso me he atrevido a llamarle a usted, señor Kendall. Ted no se encuentra en su apartamento. Le he telefoneado

varias veces y no contesta.

Estoy preocupada, señor Kendall. Temo que le haya sucedido algo a Ted.
—¿Qué iba a sucederle, mujer?
—No lo sé, pero no es normal que Ted no haya venido a recogerme para cenar en nuestro restaurante favorito, tal como habíamos quedado, y que no me haya telefoneado para decirme que no podía pasar por mí, si es que algo le impedía salir conmigo esta noche. ¿No le parece a usted que es para preocuparse, señor Kendall?
—Tranquilízate, Caroline. Ted aparecerá y te,explicará por qué te ha fallado esta noche. Y por qué no te avisó. No habrá podido llamarte, seguro.
La novia de Ted Bevans suspiró.
—Está bien, señor Kendall. Y disculpe si le he molestado con mi llamada.
—Por favor, Caroline. Has hecho bien en llamarme. Estabas preocupada y necesitabas hablar con alguien. Y yo, como encargado de los Laboratorios Sexpa, era la persona indicada. Aprecio mucho a Ted, Caroline.
—Lo sé, señor Kendall. Ted también siente un gran afecto por usted, porque siempre le ha dispensado un trato cordial.
Bruce sonrió.
—Ted es un gran muchacho, Caroline. Y te quiere mucho, me lo ha confesado.
—Yo también le quiero.
—Eres una chica afortunada, Caroline. Y Ted aún es más afortunado que tú, porque tiene una novia preciosa. Se lo he dicho a él, conste.

Caroline Platt rió.
—Es usted muy amable, señor Kendall.
—¿Te sientes ya mejor, Caroline?
—Sí, señor Kendall. Sus palabras de ánimo me han hecho mucho bien.
—Me alegro.
—Buenas noches, señor Kendall.
—Espero verte pronto, Caroline.
—Yo también. Adiós, señor Kendall.
—Buenas noches, Caroline.
La novia de Ted Bevans cortó la comunicación y Bruce Kendall colgó el auricular, con gesto preocupado.
* * *
Walter Marlowe se puso en pie, pero no corrió en pos del transformado Ted Bevans, sino hacia el lugar en donde yacía su

ayudante, agarrándose las costillas y lanzando un gemido tras otro.
Y es que el gigantesco Hugo todavía acusaba los efectos del terrible abrazo de la bestia que ahora era el infortunado visitador médico.
El doctor Marlowe se arrodilló junto a él.
—¡Hugo!
—Estoy muy mal, doctor —gimió el tuerto.
—¡Levántate! ¡Tenemos que atrapar a Bevans antes de que salga de la casa!
—Es imposible. Tiene la fuerza de un elefante.

—¡Por eso mismo tenemos que atraparle! ¡Puede sembrar el terror!
—Lo sembrará, seguro —rezongó el gigante.
El doctor Marlowe lo zarandeó.
—¡En pie, Hugo! ¡Te lo ordeno!
—Pero si casi me quebró el espinazo, doctor...
—¡No importa! ¡A mí me estampó contra una estantería, y aquí estoy! ¡Vamos, arriba! —insistió el médico, tirando de su ayudante.
—Está bien —masculló Hugo, y se incorporó, aunque con mucha dificultad.
Hizo varias caras feas, pero como la suya ya lo era por naturaleza, apenas se le notó.
—¡Sigúeme, Hugo! —ordenó el doctor Marlowe, y echó a correr hacia la salida del laboratorio.
Su ayudante le siguió, pero solamente al trote.
Y bastante cansino.
El doctor Marlowe alcanzó la escalera y subió los peldaños con rapidez.
Al llegar arriba, vio que la puerta del sótano había sido forzada por Ted Bevans.
El doctor Marlowe se volvió un instante hacia el hueco de la escalera.
—¡De prisa, Hugo!
_¡Voy! —respondió su ayudante, desde abajo.
Walter Marlowe salió del sótano.
No vio a Ted Bevans, pero sí a su fea sirvienta.
Seguía tendida en el suelo, junto a la pared contra la que la estrellara violentamente Ted.
—¡Gladys! —exclamó el médico, y corrió hacia ella.

Por la posición de su cabeza, se diría que la sirvienta tenía el cuello roto.
Y, efectivamente, aá era.
El doctor Marlowe pudo comprobarlo.
Justo en aquel momento, salía Hugo del sótano.
El gigante se quedó parado al ver en el suelo a Gladys.

Walter Marlowe lo miró.
—¡Está muerta, Hugo!
El ayudante tuvo un claro estremecimiento, pero no hizo ningún comentario.
El doctor Marlowe se irguió.
—¡Vamos, Hugo! —dijo, y se lanzó hacia la puerta de la casa.
El maltrecho ayudante le siguió, pero al trote y cansino, como antes, porque no podía correr más de prisa.
El doctor Marlowe salió de la casa y observó los alrededores.
No vio a Ted Bevans por ninguna parte.
Su coche, sin embargo, seguía allí, parado frente a la casa.
Hugo se reunió con el médico.
—Ha desaparecido, ¿verdad? —dijo.
—¡Sí, se ha largado! —respondió el doctor Marlowe.
—Era de esperar.
—¡Tenemos que encontrarle, Hugo!
—No se preocupe, doctor. El tipo volverá.
—¿Cómo lo sabes?
—Usted es el único que puede ayudarle a recobrar
la normalidad, y él lo sabe. Cuando se aplaque su furia, regresará —aseguró el ayudante.
* * *
Bruce Kendall no se había acostado todavía.
Seguía en el salón, tan preocupado como antes, porque él también encontraba muy raro que Ted Bevans no hubiera pasado por su novia ni la hubiese avisado de que no podía salir con ella aquella noche.
Bruce se había servido una copa y se había sentado en el sofá, después de despojarse de la chaqueta. Tenía una pierna sobre la otra y balanceaba la que había quedado arriba, suavemente, mientras se preguntaba qué diablos le habría pasado a Ted.
Y dónde estaría, en aquellos momentos.
Lejos estaba Bruce de sospechar que Ted Bevans se hallaba a escasos metros de su casa.
Un Ted Bevans muy distinto del que él conocía, claro.
Y mucho más peligroso.
El doctor Marlowe era el responsable de ello.

CAPITULO VII

Bruce Kendall se llevó la copa a los labios e ingirió un sorbo de licor.
El sofá estaba colocado delante de la ventana, por lo que Bruce se hallaba de espaldas a ésta. Por eso no vio que una cabeza monstruosa se asomaba cautelosamente y echaba una mirada al salón con unos ojos que parecían carbones encendidos.
Era Ted Bevans, que había alcanzado ya la casa.
El nuevo Ted Bevans.
El horripilante Ted Bevans.
Bruce Kendall continuó sentado en el sofá, sin sospechar que estaba siendo observado por un escalofriante ser que ya había matado a una persona.
A la fea Gladys.
La sirvienta del doctor Marlowe.
De pronto, Bruce tuvo la extraña sensación de que alguien le miraba.
De una manera maquinal, volvió la cabeza y observó la ventana, pero no vio a nadie.
Ted Bevans se había ocultado rápidamente.

Bruce se olvidó de la ventana y tomó un nuevo sorbo de licor.
Algunos segundos después, sonaba el timbre.
Bruce recordó la sensación que había tenido un momento antes.
Extrañado, acudió a abrir, después de dejar la copa sobre la pequeña mesa.
No eran horas de visita.
De no haber sido porque se hallaba preocupado por Ted Bevans, se habría metido ya en la cama y seguramente estaría dormido.
Bruce abrió, sin sospechar que iba a encontrarse con una bestia de película de terror.
Cuando la vio, se quedó paralizado.
La bestia también estaba quieta, mirándole con sus ojos de fuego, la boca entreabierta, mostrando sus dientes de gorila.
—Dios... —musitó Bruce, estremecido.
Era difícil reaccionar, después de una impresión tan terrible como la que el encargado de los Laboratorios Sexpa acababa de llevarse, pero Bruce reaccionó.
Cerró la puerta de golpe e intentó echar el cerrojo.
No le dio tiempo.
La bestia empujó la puerta con violencia y Bruce salió despedido.
Cayó al suelo.
El alucinante ser entró en la casa, dando un rugido.
Bruce se estremeció en el suelo.
—Estoy perdido... —murmuró, sin apartar los ojos de la gigantesca

bestia.

Y es que pensaba que iba a atacarle. A hacerle pedazos con sus manazas. A devorarlo con sus feroces dientes.
Por el momento, sin embargo, el monstruoso ser se limitó a mirarle con sus aterradores ojos de demonio salido de lo más profundo de los infiernos.
Emitió una serie de gruñidos.
Como si quisiera hablar y no pudiera.
Y así era.
Ted Bevans quería contarle a Bruce Kendall lo que le había pasado, pero no podía. Ya no era un hombre. Era un animal.
Y los animales no hablan. Gruñen.
O rugen.
Y eso era lo único que Ted Bevans podía hacer ahora, gruñir o rugir, pero así no podría conseguir que Bruce Kendall le entendiera.
El encargado de los Laboratorios Sexpa se incorporó lentamente, temiendo que la horrible bestia le atacara de un momento a otro y lo despedazara.
Se había detenido a un par de metros de él, pero esta distancia podía salvarla el gigantesco animal con un simple salto. Y sin necesidad de esforzarse.
Bruce se dijo que necesitaba un arma.
Desgraciadamente, de fuego no tenía ninguna.
Pero había cuchillos en la cocina.
Con ellos podría defenderse de la bestia.

Intentarlo, al menos, porque sería muy difícil acabar con un animalote como aquél a cuchilladas. Se necesitaba una escopeta de caza.
Y de las mejores.
Como Bruce no la tenía, se resignó a defenderse con los cuchillos y corrió hacia la cocina.
La bestia rugió de nuevo y corrió tras él.
Bruce alcanzó la cocina y cerró la puerta con rapidez, aun sabiendo que no serviría de nada.
Efectivamente, de nada sirvió, porque la poderosa bestia la derribó sin apenas esfuerzo.
Bruce se había abalanzado ya sobre el cajón en donde guardaba tos cuchillos. Empuñó dos con rapidez, los más largos, y se dispuso a defenderse del ataque del monstruoso animal.
—¡Atrás, maldito!
La bestia rugió, enfurecida.
Era el instinto animal que ahora poseía Ted Bevans, y que se acentuaba al verse amenazado por un par de cuchillos.

Ted se esforzaba por controlarse, porque no quería hacerle ningún daño a Bruce Kendall. Había acudido a su casa en busca de ayuda, pero, si Bruce le atacaba, temía matarle llevado de su instinto animal.
Y eso sería terrible.
No podía matar a Bruce Kendall.
¡Era su amigo!
Bruce, que no podía ni imaginar que el espantoso ser que acababa de derribar la puerta de la cocina era Ted Bevans, transformado en bestia monstruosa por la droga inventada por el doctor Marlowe, avanzó con los cuchillos por delante.
—¡Retrocede, monstruo! ¡Sal de esta casa!
Dominado por su instinto de fiera, Ted Bevans le soltó un zarpazo al encargado de los Laboratorios Sexpa, al tiempo que lanzaba otro escalofriante rugido.
Bruce se vio obligado a saltar hacia atrás, con mucha rapidez, para esquivar el ataque de la bestia.
—No voy a poder con ella... —murmuró.
De repente, la bestia salló sobre él.
Bruce le soltó una cuchillada al pecho, utilizando el cuchillo que esgrimía en su mano derecha, pero la piel del animal era tan dura, que el acero apenas profundizó un par de centímetros.
¡Y eso que Bruce había descargado el cuchillo con todas sus fuerzas!
Pero era como acuchillar una cota de malla.
No obstante, la sangre brotó de la herida, insignificante en un ser de su talla y corpulencia.
Bruce intentó clavarle el otro cuchillo, el que empuñaba con su mano izquierda, en el vientre, pensando que tal vez la piel, en esa zona, no fuese tan increíblemente dura y el acero pudiese penetrar más profundamente.
No llegó a saberlo, porque no le dio tiempo a asestarle la cuchillada, ya que la bestia, terriblemente furiosa por la primera cuchillada, aunque la herida había sido leve, había agarrado a Bruce y lo había levantado como si fuera un muñeco.
Bruce perdió uno de los cuchillos, pero trató de deso-
fenderse con el otro, hiriendo las manos de la bestia.
Esta rugió y arrojó al encargado de los Laboratorios Sexpa contra el suelo, propinándole un batacazo tremendo.
Bruce perdió el otro cuchillo.
Y el conocimiento, también, aunque no totalmente. Quedó tendido en el suelo, sin poder mover un solo
músculo de su cuerpo, con fos ojos entornados, casi cerrados.
Y por las pequeñas rendijas que formaban sus párpados, siguió viendo a la poderosa bestia.
Bruce pensó que había llegado su hora. Estaba indefenso.

Totalmente a merced del monstruoso ser. Podía destrozarlo.
Y eso parecía querer la bestia, hacerlo pedazos, ya que lo agarró nuevamente con sus manazas y volvió a levantarlo por encima de su cabeza.
Como si fuera a estamparlo otra vez contra el suelo. Bruce se vio ya con todos los huesos quebrados. Nada podía hacer por evitarlo. Seguía sin fuerzas para defenderse. Aturdido por el primer batacazo.
La bestia lo mantuvo en alto, sin decidirse a estrellarlo de nuevo contra el suelo.
Y es que Ted Bevans estaba luchando con su instinto animal.
Este le ordenaba que machacara a Bruce Kendall, pero él se resistía

No quería matar al encargado de tos Laboratorios Sexpa.
Por suerte para Bruce, el instinto humano pudo más que el instinto animal y Ted to bajó lentamente y to dejó en el suelo, sin brusquedad.
Bruce, sorprendido, observó a la bestia.
No podía abrir totalmente los ojos, porque continuaba semidormido.
Pudo ver, sin embargo, que la bestia se mojaba el dedo índice de su mano derecha con la sangre que había brotado de la herida que tenía en el pecho, se agachaba, y escribía algo en el suelo.
Tuvo que mojarse el dedo un par de veces más, para acabar de escribir lo que quería.
Después, la bestia se marchó, gruñendo.
Cuando Bruce se recobró, varios minutos después, pudo leer lo que el horrible ser había escrito en el suelo de la cocina. Y se llenó de perplejidad, porque decía:

TED BEVANS DOCTOR MARLOWE

CAPITULO VIII

Bruce Kendall permaneció varios minutos sentado en el suelo, con los ojos fijos en lo que el transformado Ted Bevans había escrito con su sangre.
No lograba salir de su estupor.
¿Cómo era posible que un animal supiese escribir...?
¿Y por qué había escrito el nombre de Ted Bevans...?
¿Qué relación tenía Ted con aquella monstruosa pero inteligente bestia...?
Eran las preguntas que se hacía Bruce, que, naturalmente, no podía ni sospechar que la bestia era Ted Bevans.
Tampoco entendía lo del doctor Marlowe.
Bruce sabía que existía un doctor Marlowe en Sacramento, pero no lo conocía, porque no era cliente de los Laboratorios Sexpa. Jamás les había hecho pedido alguno.
Sin embargo, alH estaba su nombre, escrito debajo del de Ted.
¿Qué significaba aquello?
Bruce no lo sabía, pero era evidente que existía algún tipo de relación entre Ted Bevans y el doctor Marlowe. Y también entre el doctor Marlowe y la bestia, puesto que ambos nombres habian sido escritos por el escalofriante ser.
Por ello, Bruce decidió visitar al doctor Marlowe.
Era el único que podía explicarle lo sucedido, porque con Ted Bevans no podía hablar, ya que había desaparecido misteriosamente.
Bruce se irguió.
No pudo evitar un gesto de sufrimiento, porque le dolían casi todos tas huesos del cuerpo, como consecuencia del batacazo que le diera la bestia.
Y menos mal que no lo estrelló contra el suelo por segunda vez.
Era otra de las cosas que Bruce no comprendía.
La bestia lo levantó y lo mantuvo en alto varios segundos, pero en vez de arrojarlo violentamente contra el suelo, lo depositó en él sin brusquedad.
Un cambio de actitud sumamente extraño, para Bruce, porque después de haber intentado acuchillar al monstruoso ser, lo lógico hubiera sido que éste lo hiciese pedazos.
Afortunadamente, Bruce seguía todo de una pieza.
Dolorido, pero entero.
Y parecía milagroso que no tuviese ningún hueso roto.
Antes de abandonar la cocina, Bruce recogió del suelo uno de los cuchillos, porque no sabía si la bestia se había largado o seguía merodeanoo la casa.
Incluso podía continuar dentro de ella.

Bruce pensaba que no, porque hacía rato que no la oía rugir ni gruñir, pero...
Salió de la cocina, con el cuchillo firmemente empuñado.
No vio a la bestia.
La puerta de la casa estaba abierta.
Bruce fue hacia allí y se asomó al exterior.
Tampoco vio a la bestia.
Debía de estar ya lejos.
Más tranquilo, Bruce entró en el salón, cogió su chaqueta, se la puso, y sal» de la casa. El cuchillo lo llevaba en el bolsillo derecho de la chaqueta.
Bruce abrió la puerta del garaje, se introdujo en su Dodge, y lo sacó de allí. Cerró el garaje y se alejó rápidamente.
Le urgía hablar con el doctor Marlowe.
* * *
Cindy Merrill se había acostado ya, pero todavía no se había dormido, pese a llevar un buen rato en la cama.
Se sentía demasiado feliz y no quería dormirse.
Prefería pensar.
En Bruce Kendall, naturalmente.
No lo había apartado de su pensamiento desde que se separaran, después de besarse por segunda vez.
Y cómo la había besado Bruce...

Era un maestro.
Y con razón, porque había practicado tanto...
Instintivamente, Cindy se acarició los muslos, que el breve camisón transparente no cubría. Cerró los ojos e imaginó que era Bruce quien se tos acariciaba, en el coche, mientras se besaban.
Sintió placer, pero no tanto como entonces, porque Bruce también era un maestro acariciando piernas.
De repente, sonó el timbre del apartamento.
Cindy dio un respingo y abrió los ojos de golpe.
—¡Llaman! —exclamó, muy sorprendida, por la hora que era.
Saltó de la cama y se puso la bata, mientras salía de la habitación, descalza. Se ató el cinturón por el camino y, antes de abrir la puerta, preguntó:
—¿Quién es?
—Bruce Kendall.
Cindy volvió a respingar, pero ahora de alegría.
—¡Bruce! —exclamó, abriendo la puerta.
—Hola, Cindy.
—¿A qué has venido...?

—A pedirte un favor.
—Si quieres acostarte conmigo, la respuesta es no.
Bruce sonrió levemente.
—No estoy en condiciones de acostarme con una mujer, tranquilízate.
-¿Y eso...?
—Me he caído de un segundo piso.
Cindy volvió a respingar.

—¿Que te has qué...?
—Déjame entrar y te lo explicaré.
—Pasa.
Bruce entró en el departamento.
Cindy cerró la puerta y lo miró, entre sorprendida y preocupada.
—¿Qué te ha pasado, Bruce?
—Te va a costar de creer, pero me vi atacado en mi propia casa por una especie de gorila gigantesco que parecía despedir lava volcánica por los ojos.
Cindy dilató los suyos al máximo.
—¿Que te atacó un gorila, dices...?
—No sé lo que era, Cindy. Te he dicho lo que parecía. Pero no debía de ser un gorila, porque sabía escribir.
-¿Qué...?
—Como lo oyes, Cindy. Esa bestia monstruosa sabia escribir. Lo hizo en el suelo con el dedo, mojándolo con su propia sangre.
—¿Sangre...?
—Le solté una cuchillada en el pecho, pero tenía ¡a piel tan dura, que apenas le causé una leve herida. Sólo sirvió para enfurecerle. Fue entonces cuando me agarró con sus manazas y me levantó como si fuera una almohadilla, por encima de su cabezota. Y desde allí me arrojó contra el suelo. Por eso dije que me había caído de un segundo piso. Me tenía muy alto cuando me lanzó. No sé cómo no me partió la mitad de los huesos. Me duele casi todo y debería estar en la cama.
—Conmigo, ¿no?
-¿Qué?
—Vamos, confiesa que te has inventado esa ridicula historia para poder venir a mi apartamento, meterte en mi cama, y hacerme el amor.
—¡No me he inventado nada, Cindy! ¡Lo que te he contado ha sucedido de verdad!
—Un gorila gigantesco que sabe escribir... ¿Crees que me chupo el dedo, Bruce?
—Te lo contaré todo desde el principio, a ver si así
me crees, porque te juro que lo de esa monstruosa e inteligente bestia no es invención mía, Cindy.

Bruce le refirió lo sucedioo desde que la bestia pulsara el timbre de su casa, hasta que se marchó, después de escribir en el suelo de la cocina, con su sangre, bs nombres de Ted Bevans y el doctor Marlowe.
Le habló también de la llamada de Caroline Platt, la novia de Ted.
Después, dijo:
—El doctor Marlowe es el único que puede aclarar todo este misterio, Cindy. Voy a ir a su casa. Y quiero que me acompañes. Este es el favor que he venido a pedirte, no que me permitas compartir tu cama. No estoy para batallas amorosas esta noche, debido al batacazo —aseguró, llevándose las manos a la espalda, con claro gesto de dolor.

Cindy Merrill se quedó mirándolo fijamente, pero no dijo nada.
—¿Qué pasa, Cindy? ¿Sigues sin creerme...? —preguntó el encargado de los Laboratorios Sexpa.
—¿Por qué quieres que te acompañe a la casa de ese doctor Marlowe, Bruce? —preguntó a su vez la joven.
—Puedo correr algún peligro en ella. No tengo miedo, pero entraré más tranquilo si sé que tú aguardas cerca de la casa. De esa manera, si por cualquier circunstancia yo no pudiera salir, tú podrás avisar a la policia, para que intervenga.
—Entiendo.
—Tú no correrás ningún peligro, Cindy. Permanecerás oculta a una cierta distancia de la casa.
—Está bien, Bruce. Iré contigo.
Kendall la cogió por los hombros.
—Gracias, Cindy —dijo, y la besó.
—Me visto en un minuto, Bruce.
—¿Quieres que te ayude?
—No seas descarado —sonrió Cindy, separándose de él.
Corrió hacia su habitación, entró en ella, y entornó la puerta.
Bruce estuvo tentado de aproximarse y mirar por el hueco, pero no lo hizo.
Poco después, Cindy salía de la habitación, vestida ya.
—Estoy lista, Bruce.
—En marcha, pues.

CAPITULO IX

El doctor Marlowe paseaba nerviosamente por el largo vestíbulo, con las manos a la espalda.
El gigantesco Hugo, sentado en un sillón, lo contemplaba en silencio, mientras se recuperaba del terrible abrazo que le diera el transformado Ted Bevans.
El cadáver de Gladys, la fea sirvienta, había sido retirado por Hugo, siguiendo las indicaciones del doctor Marlowe, y ya no estaba visible.
Por enésima vez, Walter Marlowe abrió la puerta y echó una mirada a los alrededores de la casa.
—Sigue sin aparecer, Hugo —gruñó.
—Tranquilícese, doctor. Ya volverá.
El médico cerró la puerta y reanudó su nervioso paseo.
Me pregunto a cuántas personas habrá matado

—Si se ha tropezado con alguien, lo habrá hecho pedazos, desde luego —repuso Hugo—. Por suerte, es de noche y esta casa está un tanto alejada de la ciudad.
Quizá esté vagando por entre los árboles, mientras se calma, y no lo haya visto nadie.
—Ojalá. No quisiera ser responsable de un montón de muertes. Y, de momento, ya soy responsable de una; la de Gladys.
—Usted no sabía lo que iba a pasar, doctor Marlowe.
—Eso es verdad, pero...
Justo en aquel momento, se escuchó un poderoso rugido.
El doctor Marlowe y su ayudante respingaron a dúo.
— ¡Ahí está, Hugo!
—¿No le dije que volvería, doctor? —¡Ábrele!
—Será mejor que le abra usted, doctor Marlowe -carraspeó el tuerto.
—¿Tienes miedo, Hugo? —Un poco. —¡Bevans no te hará nada! ¡Se lo prohibí!
— No me fío, doctor.
—¡No seas gallina, Hugo! —se enfadó Walter Marlowe—. ¡Vamos, abre la puerta antes de que el tipo la eche abajo! ¡Sabes que puede hacerlo!
—Está bien —rezongó el ayudante, y fue hacia la puerta.
Cuando abrió, el transformado Ted Bevans se hallaba ya a un par de metros de la puerta.
Al ver al ayudante del doctor Marlowe, la bestia soltó uno de sus estremecedores rugidos, como diciendo: «¡Prepárate, tuerto, que te voy a arrancar el otro ojo para hacerme un llavero con él!»
Hugo dio un gran salto hacia atrás.
—¡Doctor Marlowe!

—¡Tranquilo, Hugo! ¡Bevans ha venido en busca de ayuda y no nos hará ningún daño! ¿Verdad que no, Bevans...? —preguntó el médico, que no estaba muy seguro de lo que decía.
La bestia entró en la casa y cerró la puerta de un manotazo.
Hugo retrocedió más, porque tenía la impresión de que Ted Bevans seguía furioso e iba a atacarle.
El doctor Marlowe descubrió que la bestia tenía sangre en el pecho.
—¿Estás herido, Bevans...?
La bestia rugió y avanzó hacia el ayudante de Wal-ter Marlowe.
—¡Viene por mí, doctor! —gritó Hugo, aterrorizado, porque ahora ya sabía que no podía luchar con el transformado Ted Bevans.
El doctor Marlowe, aunque también estaba asustado, se interpuso entre su ayudante y la bestia.
—¡Cálmate, Bevans! ¡Yo te curaré la herida! ¡Y te devolveré tu personalidad! ¡Sólo tengo que inyectarte el antídoto que anula los efectos de la droga! ¡Volverás a ser como antes en unos minutos!
La bestia avanzó un poco más y agarró al médico, levantándolo casi un metro del suelo.
—¿Qué haces, Bevans...? ¿Es que no quieres recuperar tu aspecto anterior...?
La bestia lo mantuvo en alto, mirándolo fijamente

con sus ojos de fuego. Le mostró sus terroríficos dientes, como diciendo: «¡Me encantaría devorarte, maldito!»
El doctor Marlowe tragó saliva con dificultad y rogó:
—Vamos, Bevans, déjame en el suelo y bajemos a mi laboratorio. Estoy deseando devolverte tu personalidad, créeme. No quiero que sigas siendo un animal ni un minuto más.
La bestia aún lo tuvo en alto algunos segundos más, prolongando el terror del médico y de su ayudante, que se temía lo peor. Después, lo dejó en el suelo, con escasa delicadeza.
El doctor Marlowe estuvo a punto de perder el equilibrio, pero sonrió, contento de que la bestia hubiera decidido no hacerle daño.
—Gracias, Bevans. Y ahora, sigúeme. Voy a inyectarte el antídoto en seguida.
Walter Marlowe echó a andar hacia la puerta del sótano, pero la bestia no le siguió.
—Ven, Bevans. No te quedes ahí parado como un pasmarote.
La bestia movió sus enormes piernas.
—Eso es —sonrió el doctor Marlowe, y siguió caminando hacia el sótano.
Ted Bevans fue tras él, gruñendo.
Parecía más calmado, pero cuando pasó por delante de Hugo, le soltó un furioso zarpazo y lo derribó en el acto.

—¡Me ataca, doctor...! —chilló el tuerto.
—¡Quieto, Bevans! —gritó Marlowe—. ¡Si matas a mi ayudante, no haré nada por ti, ya te lo dije antes! ¡Necesito a Hugo!
La bestia, que ya se disponía a soltarle un segundo zarpazo al tuerto, bajó lentamente la mano y se apartó de él, yendo hacia el sótano.
Hugo lanzó un respiro de alivio y se incorporó, caminando también hacia el sótano.
El doctor Marlowe fue el primero en bajar al laboratorio. . Ted Bevans lo siguió, sin dejar de gruñir.
Hugo, sin aproximarse mucho a la bestia, descendió también al laboratorio.
El doctor Marlowe fue directamente hacia la mesa de experimentos e indicó:
—Tiéndete aquí y relájate, Bevans. Si estás tranquilo cuando te inyecte el antídoto, su efecto será mucho más rápido.
La bestia, tras unos segundos de vacilación, se tumbó en la alargada mesa, boca arriba, y se quedó quieta, aunque seguia emitienoo gruñidos.
El doctor Marlowe sonrió con amplitud.
—Perfecto, Bevans. No te muevas y no pienses en nada. Tu tranquilidad debe ser absoluta.
La bestia dejó de gruñir.
A pesar de su tranquilidad, Hugo se mantuvo prudentemente distanciado de la mesa de experimentos.
El doctor Marlowe preparó la jeringa.
Era la misma de antes.
La de caballo.
El médico la llenó de un líquido blanquecino.
Después, se acercó a la bestia y le tocó el brazo derecho, para conocer la dureza de su piel.
—No puedo pincharte en el brazo, Bevans. La piel es demasiado dura y la aguja se rompería. Tampoco puedo inyectarte en el cuello. Toda la piel de tu cuerpo es igual de gruesa y dura, así que no tendré más remedio que pincharte en la lengua. Será doloroso, pero es la única parte blanda de tu cuerpo, en estos momentos.
La bestia emitió un leve gruñido y pareció ponerse nerviosa.
Y es que lo de clavarle la aguja hipodérmica en la lengua...
El doctor Marlowe había advertido que sería doloroso, pero como también había dicho que no podía inyectarle el antídoto en otro sitio, Ted Bevans se resignó a recibir el pinchazo en la lengua.
Quería volver a la normalidad.
Y para ello era necesario que el doctor Marlowe le inyectara aquella sustancia blanquecina.
El médico le acarició la monstruosa cabeza, como para darle ánimos.

—Vamos, Bevans, saca la lengua —rogó.
La bestia obedeció.
Tenía una lengua enorme, como todo ta demás.
Y eso que no la había sacado totalmente, a causa del temor que le inspiraba el pinchazo.
—Un poco más, Bevans —pidió Walter Marlowe—. Te dolerá menos cuanto más arriba te pinche.
La bestia hizo lo que le ordenaba el médico.
—Eso es, Bevans —sonrió el doctor Marlowe, complacido—. Ahora, Hugo te la sujetará con unas pinzas, para evitar que la muevas mientras te inyecto el antídoto. Acércate, Hugo. Y coge las pinzas.
El ayudante dudó.
Temía aproximarse a la bestia, después del zarpazo que ésta le soltara en el vestíbulo. Y lo de sujetarle la lengua con las pinzas, podía resultar peligroso.
El doctor Marlowe se volvió un instante.
—¿Te has quedado sordo, Hugo...? —exclamó.
—No.
—¡Vamos, muévete!
—Sí, doctor.
El tuerto cogió las pinzas, se acercó a la mesa de experimentos, y aprisionó la lengua de la bestia, con mano ligeramente temblorosa.
Ted Bevans se agitó nerviosamente sobre la mesa y emitió un ronco sonido gutural.
Después, y de una manera instintiva, quiso encoger la lengua, pero las pinzas que manejaba Hugo no lo permitieron.
—Tranquilo, Bevans, tranquilo —rogó el doctor Marlowe—. Si te mueves ahora, lo echarás todo a perder.
La bestia volvió a quedar quieta sobre la mesa.
—Voy a pincharte, Bevans —dijo el médico, y acercó la aguja hipodérmica a la colosal lengua que ahora tenía el transformado Ted.
Hugo contuvo la respiración, porque había llegado el momento que tanto temía.
Si la bestia no era capaz de resistir el dolor y se enfurecía, el doctor Marlowe y él podían quedar convertidos en picadillo para albóndigas.

CAPITULO X

Bruce Kendall y Cindy Merrill se dirigían ya hacia la casa del doctor Marlowe, en el Dodge del primero.
Cindy, visiblemente preocupada, preguntó:
—¿Qué crees que puede haberle pasado a Ted Bevans, Bruce?
—No lo sé. Pero sospecho que fue a visitar al doctor Marlowe, para ofrecerle nuestros productos. El doctor Marlowe no es cliente nuestro, pero Ted Bevans es un tipo muy activo y se esfuerza por conseguir nuevos clientes. Y de hecho los consigue.
—¿Y qué pudo ocurrir en la casa del doctor Marlowe?
—Es lo que quiero averiguar, Cindy. Creo que Ted sigue en esa casa, en contra de su voluntad. De no hallarse retenido por la fuerza, habría telefoneado a su novia para decirle que no podía salir con ella esta noche.
—Si es cierto que el doctor Marlowe tiene cautivo a Ted Bevans, debe ser un mal tipo.
—Evidentemente.

—¿Y qué pinta esa especie de gigantesco gorila en todo esto, Bruce...?
—Ojalá fo supiera. Pero el hecho de que supiera escribir, me da mala espina.
—¿Qué quieres decir?
—Su comportamiento, escritura aparte, fue muy extraño. No me atacó hasta que no lo hice yo, con los cuchillos. Es decir, que más que atacarme, se defendió. Y cuando ya me tenía en sus manos, en vez de hacerme pedazos escribió aquello en el suelo de la cocina, con su sangre, y se largó. Es como si hubiera venido a mi casa a traerme un mensaje.
—¿Mensaje...?
—Sí, de Ted Bevans. Al escribir su nombre y el del doctor Marlowe, parecia decirme que daría con Ted si visitaba al doctor Marlowe.
—Pero ¿cómo iba a enviarte Ted Bevans un mensaje con ese gigantesco animal, hallándose en poder del doctor Marlowe...?
—Es difícil de admitir, ya lo sé. A menos que... Pero no, eso aún es más difícil de admitir —rezongó Bruce.
—¿El qué?
—Nada, olvídalo.
—¿Qué ibas a decir, Bruce?
—Te echarás a reír, Cindy.
—No es fácil hacerme reír en estos momentos, te lo aseguro, así que puedes decir lo que sea.
—Estaba pensando que tal vez ese ser monstruoso, pero inteligente,

era Ted Bevans.
Cindy Merril agrandó los ojos y abrió la boca, absolutamente perpleja, pero no dijo nada.
—Bueno, al menos no te has reído —suspiró el encargado de los Laboratorios Sexpa.
—¿Qué te hace suponer que...? —preguntó Cindy, cuando pudo hablar, que fue varios segundos después.
—Verás, no sé mucho sobre el doctor Marlowe, pero, por lo que he oído, es muy aficionado a los experimentos. Inventa extrañas sustancias que luego inyecta a los animales que tiene en su laboratorio, para conocer sus reacciones. Es un tipo raro, el doctor Marlowe. Y puede que esté un poco chiflado. Eso es lo que se dice, al menos.
—¿Y piensas que realizó algún experimento con Ted Bevans...?
—Puede que lo hiciera, Cindy. Y probablemente sin el consentimiento de Ted. Debió obligarlo a someterse al experimento. Y el resultado del mismo, pudo ser esa especie de gorila con ojos de fuego, que sabe escribir, pulsar un timbre, encontrar una casa determinada...
Cindy Merrill se estremeció perceptiblemente.
—¡Ese monstruoso animal no puede ser Ted Bevans, Bruce!
—Quizá no lo sea, pero yo no descarto totalmente la posibilidad de que esa bestia horrible fuera Ted, transformado por los efectos de alguna terrible droga.
—¡Sería espantoso!
—Desde luego. Pero explicaría muchas cosas que, descartando esa teoría, no tienen explicación. Como lo de la escritura, por ejemplo.

Cindy guardó silencio.
Bruce hizo lo propio.
La casa del doctor Marlowe ya estaba cerca.
Apenas cinco minutos después, aparecía ante ellos.
Y, como el coche de Ted Bevans seguía parado delante de la casa, lo vieron en seguida.
Bruce detuvo su Dodge a unos quince metros de la casa.
—Es el coche de Ted —dijo.

—Si está su coche, también tiene que estar él —murmuró Cindy.
—Seguro.
Cindy lo cogió del brazo.
—¿Por qué no avisamos ahora a la policía, Bruce?
—¿Y qué podríamos decirles? No sabemos nada en concreto, sólo tenemos sospechas, teorías, hipótesis... Es necesario entrar en esa casa, Cindy. Hablar con el doctor Marlowe. Averiguar la verdad. Entonces será el momento de informar a la policía. O antes, si no

consigo salir de la casa. En ese caso, tú te encargarás de avisar a la policía, Cindy.
—¿Cuánto tiempo debo esperar?
—Una hora.
—¿no es demasiado, Bruce?
—No, es el tiempo que necesito.
—Está bien.
Bruce la besó en los labios.
—No te preocupes, Cindy. Todo saldrá bien.
—Dios lo quiera.

Bruce salió del coche y caminó cautelosamente hacia la casa del doctor Marlowe.
* * *
Walter Marlowe clavó poco a poco la aguja hipodér-mica en la enorme lengua de la bestia.
Ted Bevans sintió un agudo dolor e intentó replegar la lengua, esconderla en su boca, pero las pinzas que manejaba Hugo le obligaron a mantener la lengua fuera.
—Resiste, Bevans —pidió el doctor Marlowe—. Es necesario.
La bestia levantó sus poderosas manos.
Parecía que iba a emprenderla a zarpazos con el doctor Marlowe y su ayudante, por lo que éstos se asustaron claramente.
Hugo estuvo a punto de soltar las pinzas y echar a correr.
El doctor Marlowe, por su parte, sintió la tentación de soltar la jeringa y echar a correr también.
Pero no lo hicieron.
Continuaron en sus puestos y tuvieron la suerte de que la bestia no les atacara, a pesar de las ganas que tenía de hacerlo.
Por su gusto, Ted Bevans los hubiera destrozado a los dos, pero se reprimió porque necesitaba el antídoto. Esa idea le ayudó a resistir el dolor.
El doctor Marlowe acabó de clavarle la aguja y empezó a presionar el émbolo de la jeringa.
El liquido blanquecino comenzó a penetrar en el organismo de Ted Bevans, quien, por el momento, no sintió nada.
Sólo dolor.
Mucho dolor en la lengua.
Era terrible no poder devolverla a su boca.
El doctor Marlowe acabó de inyectarle el antídoto y extrajo la aguja, lo que supuso un gran alivio para Ted Bevans.
—Puedes soltarle la lengua, Hugo —indicó el médico.
Su ayudante no se hizo repetir la orden, porque estaba deseando apartarse de la bestia.

El doctor Marlowe, en cambio, continuó junto a ella, muy atento a sus reacciones.
Ted Bevans se había relajado.
Notaba que los párpados le pesaban y los entornó.
Poco después, cerraba totalmente los ojos.
Parecía dormido.
Un par de minutos más tarde, el antídoto empezaba a hacer efecto.
La bestia comenzó a transformarse.
Silenciosamente.

En menos de cinco minutos, Ted Bevans recobró su personalidad.
Volvía a ser el de antes.
La única diferencia, era la herida que tenía en el pecho, causada por Bruce Kendall con un cuchillo. Pero, al igual que lo demás, la herida también se había empequeñecido al retornar Ted Bevans a su tamaño normal.
No obstante, el doctor Marlowe se la curó.
En ello estaba, cuando Ted abrió los ojos.
Ahora, ya no despedía fuego por ellos.
Eran un par de ojos normales.
Los que había tenido siempre.
El doctor Marlowe interrumpió la cura y sonrió.
—Has recobrado tu aspecto normal, Bevans.
Ted levantó la cabeza y se miró
Se vio completamente desnudo, pero normal.
Por ese lado, se alegró.
Pero Ted intuía que sus problemas no habían terminado.
Seguía en manos del doctor Marlowe y su gigantesco ayudante, y era de esperar que, después de todo lo sucedido, no lo dejasen marchar tan fácilmente.
Ahora ya no le tenían miedo.
Había dejado de ser una bestia poderosa y Hugo podía reducirlo con facilidad.
Por si le quedaba alguna duda, el doctor Marlowe indicó:
—Átalo de nuevo a la mesa, Hugo. Tenemos que seguir experimentando con él.

CAPITULO XI

Bruce Kendall había alcanzado la casa del doctor Marlowe.
No cometió el error de llamar a la puerta.
Era mejor colarse en la casa por una ventana.
Y eso hizo Bruce.
La ventana pertenecía a una habitación relativamente pequeña, en donde había un sofá y un par de sillones, entre otras cosas. Las luces de la habitación permanecían apagadas, pero la noche era bastante clara y por la ventana penetraba claridad suficiente como para poder moverse por ella sin tropezar con tos muebles.
Bruce estaba cruzando ya la habitación.
De pronto, se quedó parado.
¡Había alguien en el sofá!
Era una mujer.
Y estaba acostada en él. Inmóvil.
Bruce pensó que estaba dormida, pero, al fijarse mejor, descubrió que la mujer, muy fea y muy delgada, estaba muerta. Tenía el cuello roto, saltaba a la vista.
Era Gladys, la sirvienta del doctor Marlowe.

Hugo la había puesto en aquella habitación, sobre el sofá, y allí continuaba.
Bruce observó unos segundos más el cadáver de la mujer y movió de nuevo las piernas, alcanzando la puerta. La abrió silenciosamente y asomó la cabeza.
No vio ni oyó nada, pero había luz.
Bruce salió de la habitación, cerró la puerta con suavidad, y caminó cautelosamente hacia la luz, que procedía del largo vestíbulo. Antes de alcanzarlo, descubrió una gruesa puerta cuyo cerrojo había sido claramente forzado.
Era la puerta del sótano.
Bruce fue hacia allí y se asomó.
Vio la escalera.
Y oyó voces abajo, aunque no podía entender lo que decían, porque llegaban muy débiles allí arriba.
Bruce empezó a bajar la escalera, ahogando sus pisadas.
A medida que iba descendiendo, las voces llegaban a sus oídos con más claridad.
Eran tres voces distintas.
Y, entre ellas, Bruce reconoció la de Ted Bevans.
Ello le tranquilizó bastante, porque significaba que Ted estaba bien.
En dificultades, pero bien.
Bruce llegó abajo y descubrió el siniestro laboratorio del doctor

Marlowe. Por el momento, sin embargo, no vio a Ted ni a los otros dos hombres que hablaban.
Pero seguía oyendo sus voces.

Bruce se adentró en el laboratorio, silencioso como un gato para no ser descubierto.
Poco después, descubría a Ted Bevans, atado a la mesa de experimentos, completamente desnudo.
Bruce miraba por entre los chismes de una estantería, y ésta ocultaba su cuerpo, por lo que el doctor Marlowe y su gigantesco ayudante no le descubrieron.
Antes de intervenir, Bruce quiso ver y escuchar durante algunos minutos, para enterarse mejor de lo que ocurría en aquel siniestro laboratorio.
* * *
Como las correas de la mesa de experimentos estaban rotas, Hugo había atado a Ted Bevans con unas cuerdas.
Ted se había defenoido, pero no pudo con la poderosa fuerza del ayudante del doctor Marlowe, que fo redujo con facilidad y lo sujetó a la mesa.
—¡Debí destrozarte cuando tuve oportunidad, monstruo! —rugió Ted, enfurecido—. ¡Debí destrozaros a los dos!
—No te hubiéramos podido ayudar, Bevans —repuso Walter Marlowe, sonriendo.
—¿Ayudarme...?
—Te hemos devuelto a la normalidad, ¿no?
—¡Para seguir experimentando conmigo!
—Es necesario, Bevans. La primera prueba que hemos realizado contigo, no ha dado los resultados esperados. Yo quería convertirte en un superhombre, no en una bestia horrible. Quizá me excedí en la dosis, y eso hizo que el experimento fracasara.
—¡No fue la dosis la causa de su fracaso, doctor Marlowe! ¡Fue su droga!
—Mi droga es buena, Bevans. La he probado con algunos animales de mi laboratorio, ya te lo expliqué. Y los resultados no pudieron ser mejores.
—¡Su droga dará resultado con los animales, pero no con las personas!
—También lo dará, ya lo verás. Es sólo cuestión de encontrar la dosis necesaria. La próxima vez, te inyectaré sólo la mitad.
Ted Bevans se agitó sobre la mesa de experimentos.
—¡No quiero que vuelva a inyectarme su maldita droga, doctor Marlowe!
—Cálmate, Bevans.

- -Suélteme inmediatamente! ¡Quiero salir de aquí!
—No puedes marcharte, Bevans. Sabes demasiado e irías directamente a la policía. Y eso no nos conviene a ninguno de los tres. Te incluyo a ti porque mataste a Gladys.
Ted se quedó quieto.
-¿Qué?
—Así se llamaba mi sirvienta. Y te la cargaste, Bevans. Le rompiste el cuello con tu fuerza de titán.
—¡Usted es el responsable, doctor Marlowe! ¡Si no me hubiera convertido en una bestia con su condenada droga, su fea sirvienta seguiría con vida!

El médico sonrió.
—¿Mataste a alguien más, Bevans?
-¡No!
—¿Estás seguro?
—¡Fuera de esta casa no ataqué a nadie!
—¿Adonde fuiste, Bevans?
—¡A ningún sitio determinado! —mintió Ted—. ¡Estuve por ahí, dando vueltas!
—¿No te vio nadie?
—¡No! ' —¿Cómo te causaste la herida del pecho?
—¡No losé!
—¿Que no lo sabes...?
—¡No me acuerdo!
—Creo que estás mintiendo, Bevans. Y es una tontería, ¿sabes? Estamos juntos en esto y no debemos ocultamos nada.
—¡No estamos juntos en esto! ¡Yo no quería someterme al experimento, ustedes me obligaron! ¡Me inyectaron la droga en contra de mi voluntad!
—Es cierto, Bevans. Pero el caso es que has probado la droga, que te convertiste en un ser muy distinto, mucho más alto, más fuerte y más poderoso, y que mataste a Gladys. Y esto último te ata a nosotros quieras o no quieras.
Ted apretó rabiosamente los maxilares.
—¡Es usted un canalla, doctor Marlowe!
—No es verdad.
—¡Recibirá su castigo, se lo garantizo! ¡Y su monstruoso ayudante también!

—Vamos, tranquilízate.
—¡Alguien va a venir en mi ayuda!
El doctor Marlowe se puso serio.
-¿Qué?

—¡Tengo un amigo que me sacará de esto!
—¿Qué amigo?
—¡No espere que se lo diga!
El doctor Marlowe cambió una mirada con su ayudante.
Este sugirió:
—¿Lo hago hablar, doctor?
—No te molestes, Hugo. Creo que Bevans se ha inventado lo de ese amigo para ponernos nerviosos.
—Seguro.
—¡No me lo he inventado, doctor Marlowe! —gritó Ted—. ¡Alguien sabe que estoy aquí, en su casa, y vendrá a rescatarme! ¡Le dejé un mensaje!
—¿Mensaje...?
—¡Sí, doctor Marlowe!
—¡Maldita sea! —rugió el médico—. ¡Es posible que esté diciendo la verdad, Hugo!
El tuerto agarró del pelo a Ted.
—Le obligaré a que nos diga el nombre del tipo, doctor.
—No, déjalo. Lo que debes hacer, es vigilar arriba, por si el amigo de Bevans aparece.
—¿No me necesita aquí abajo, doctor?
—No; en este momento, no. Cuando te necesite, ya te llamaré.
—De acuerdo.

—Si aparece el amigo de Bevans, atrápalo, Hugo. Experimentaremos también con él —sonrió Walter Marlowe.
Su ayudante rió.
—¡Ojalá aparezca, doctor! ¡Lo cazaré y se lo traeré en seguida!
—Eso es —rió también el médico.
Hugo echó a andar hacia la salida del laboratorio, sin sospechar que el amigo de Ted Bevans había llegado ya y se encontraba allí abajo, oculto detrás de una estantería.

CAPITULO XII

Bruce Kendall dejó que el gigantesco ayudante del doctor Marlowe abandonara el laboratorio, porque así le sería más fácil liberar a Ted Bevans.
El médico no era un rival difícil de doblegar, pero Hugo, sí.
De ahí que Bruce se hubiera alegrado cuando oyó que el doctor Marlowe indicaba a su ayudante que subiera arriba y vigilara, hasta que él le llamase.
El encargado de los Laboratorios Sexpa dejó transcurrir unos minutos, para dar tiempo a Hugo a subir la escalera y salir del sótano, y después salió de detrás de la estantería.
El doctor Marlowe te daba la espalda en aquellos momentos, así que no lo vio surgir. Ni lo oyó, porque Bruce caminaba silencioso como una sombra.
Ted Bevans sí le vio, y no pudo reprimir un respingo de alegría.
Iba a exclamar su nombre, pero Bruce, con el gesto, le pidió que guardara silencio.
El doctor Marlowe captó el respingo de Ted y su cambio de expresión.

—¿Qué te ocurre, Bevans...?
Ted no respondió.
El médico, extrañado, se giró y descubrió a Bruce.
Lo tenía ya muy cerca.
Tan cerca, que no le dio tiempo a nada.
Ni siquiera a gritar, porque Bruce le asestó un puñetazo en el mentón y lo tiró al suelo.
Y tendido en él quedó, sin conocimiento, porque el castañazo había sido tremendo.
—¡Señor Kendall! —exclamó Ted Bevans, jubiloso.
Bruce se apresuró a desatarle.
—¿Cómo te sientes, Ted?
—Muy contento de verle, señor Kendall.
—Entendí tu mensaje.
—Estaba seguro de que lo entendería, porque usted es un hombre muy inteligente, señor Kendall.
—Perdóname por haber intentado acuchillarte, Ted. ¿Cómo iba yo a saber que aquella monstruosa bestia eras tú?
—No se preocupe, señor Kendall. En esos momentos tenía la piel tan dura, que el cuchillo no pudo atravesarla.
—Ya me di cuenta. Y fue una suerte, Ted, porque si llego a matarte, el remordimiento no me hubiera dejado vivir.
—A mí tampoco, si llego a matarle a usted. Y estuve a punto de hacerlo, señor Kendall.

—Sólo me diste un batacazo, Ted.
—No quería hacerle ningún daño, pero el instinto animal me dominaba en esos momentos. De ahí que estuviera a punto de estrellarlo contra el suelo por segunda vez. Por suerte, pude controlar mi furia.
—Todo esto parece una pesadilla, Ted.
—En efecto, señor Kendall. Una pesadilla terrible, pero real. El doctor Marlowe está loco.
—Sí, ya me he dado cuenta.
Ted Bevans se levantó de la mesa de experimentos, porque Bruce le había desatado ya.
—Vístete, Ted —indicó Kendall.
—Sí, estoy desnudo como un gusano —rezongó Bevans, recogiendo su ropa.
El slip no pudo ponérselo, porque estaba roto por ambos laterales.
Mientras se vestía, Bruce dijo:
—Caroline me telefoneó, Ted.
—¿Carolina..?
—Sí, estaba preocupada. Como habías quedado con ella, y no habías ido a recogerla, ni estabas en tu apartamento...
—Cuando le cuente lo que ha pasado, no se lo va a creer.
—Tendrá que creerte, Ted, porque tienes un testigo —repuso Bruce, con una sonrisa.
Bevans sonrió también.
—Mi salvador.
Bruce iba a decir algo, pero se interrumpió al ver que el doctor Marlowe empezaba a moverse.
—El loco está despertando, Ted.
—Al que hay que temer, es a su ayudante. ¿Se fijó usted bien en él, señor Kendall?
—Desde luego.

—Parece el resultado de uno de los experimentos del doctor Marlowe.
—Efectivamente —rió Bruce.
Ted estaba vestido ya.
Bruce agarró al doctor Marlowe y lo ayudó a ponerse en pie.
—¡Arriba, Frankenstein!
Walter Marlowe lo miró con odio.
—El amigo de Bevans, ¿eh? —rezongó. ' —Sí —asintió Bruce.
—No saldréis de aquí ninguno de los dos.
—¿Qué se apuesta a que sí?
—Hugo no lo permitirá.
—El mastondote de su ayudante se estará muy quie-tecito, porque como intente algo, usted no vivirá para contarlo, doctor Marlowe —aseguró Bruce, sacando el cuchillo que llevaba en el bolsillo de la

chaqueta y aproximándolo a la garganta del médico.
Walter Marlowe se estremeció claramente.
—Maldito... —murmuró.
Bruce, que lo tenía agarrado de un brazo, lo empujó y dijo:
—Vamos, Ted. Y no olvides coger tu maletín.
Bevans lo cogió y siguió a Bruce Kendall, que ya caminaba hacia la salida del laboratorio, empujando al doctor Marlowe.
* * *
Lo primero que hizo Hugo, cuando llegó arriba, fue asomarse a una de las ventanas, cautelosamente, y echar una ojeada a los alrededores de la casa.
Vio el Dodge de Bruce Kendall, parado a unos quince metros, con las luces apagadas, e inmediatamente adivinó que se trataba del coche del amigo de Ted Bevans.
Desde la ventana, Hugo pudo ver que había alguien dentro del coche.
Era Cindy Merrill, pero como el ayudante del doctor Marlowe no podía distinguirla bien desde la ventana, pensó que era el amigo de Ted Bevans.
Hugo sonrió.
Veía muy fácil atrapar al amigo de Ted Bevans.
Sólo tenía que salir de la casa por la parte de atrás, dar un pequeño rodeo, y aproximarse al coche por detrás.
Cuando la persona que aguardaba en el Dodge le descubriera, ya no tendría tiempo de hacer nada por escapar de él y caería en sus manos irremisiblemente.
Hugo no lo dudó más y se retiró de la ventana, corriendo hacia la parte posterior de la casa.
* * *
Cindy Merrill sentía que su nerviosismo crecía por momentos.
Desde que viera a Bruce Kendall colarse en la casa del doctor Marlowe por una ventana, había consultado más de veinte veces su reloj, pero aún faltaba bastante para que se cumpliese la hora entera de espera.
Los minutos transcurrían con una lentitud desesperante.
Cindy se retorcía las manos, se mordía las uñas, se apretaba las rodillas...
Era terrible aquella espera, sin saber lo que estaba pasando en el interior de la casa, pero imaginando y temiendo muchas cosas, a cuál de ellas peor.
De pronto, Cindy escuchó un ruido.
Leve, pero claro.
Sobresaltada, volvió la cabeza, porque el ruido había sonado detrás del coche.
Vio a Hugo, con sus dos metros largos de estatura, su corpachón de

elefante, sus enormes orejas llenas de pelos, sus pobladas cejas, tan juntas que entre las dos formaban una especie de cepillo, la espantosa cicatriz que cruzaba su mejilla derecha, la cuenca de su ojo izquierdo vacía, sus gruesos labios, sus enormes dientes...
Cindy creyó morirse de pánico.
Chilló, naturalmente.
Con todas sus fuerzas.
Hugo, al verse descubierto, se precipitó sobre el coche y abrió la puerta del conductor, para atrapar a la muchacha. Se había alegrado de que no fuera un hombre la persona que esperaba en el coche, sino una mujer, joven y bonita, además.
Cindy abrió la otra puerta y trató de escapar por
aquel lado, pero el ayudante del doctor Marlowe disparó una de sus peludas manos y le aprisionó el brazo izquierdo, impidiéndole salir del coche.
La joven volvió a chillar a pleno pulmón.
Hugo tiró de ella.
—¡Por este lado, preciosa! —dijo, riendo.
Cindy se vio arrastrada hacia la puerta opuesta por la manaza del tuerto.
—¡Socorro...! —gritó.
Hugo le cubrió la boca con la otra mano.
—¡Basta de gritos, muñeca! ¡Me vas a dejar sordo!
Cindy pataleó con desesperación, pero no pudo evitar que el gigante la sacara del coche y la levantara como si fuera una marioneta.
—¡Ven conmigo, guapa! ¡Al doctor Marlowe le encantará experimentar con una mujer! —dijo Hugo, y caminó hacia la casa, cargado con Cindy, cuya boca seguía sellando con su musculosa mano.

CAPITULO XIII

Cindy Merrill, convencida de que no tenía la menor posibilidad de escapar de los poderosos brazos del monstruoso individuo, por mucho que forcejeara y pateara, optó por simular que se desvanecía de terror, para ver si así el gigante se confiaba y ella podía echar a correr al menor descuido.
Quedó como muerta entre los brazos de Hugo.
Este se detuvo un instante y retiró su manaza de la boca de la muchacha, que inmediatamente dobló la cabeza sobre su pecho, siguiendo con su comedia.
—Se me ha desmayado... —dijo Hugo, sonriendo, y se echó a la joven sobre su hombro izquierdo.
Cindy se asustó al verse tan arriba, pero continuó fingiendo que se hallaba desvanecida. Su cabeza y sus brazos colgaban en la enorme espalda del gigantón.
Hugo movió nuevamente las piernas, sujetando con su brazo izquieroo las de la muchacha, que habían quedado totalmente al descubierto, porque la faldita estaba muy arriba.
Tan arriba, que el tuerto podía ver las rosadas bra-guitas de Cindy.
El único ojo de Hugo brilló lujuriosamente.
Se había encendido en él la llama del deseo y no se conformó con mirar las bonitas piernas de la muchacha y su tentadora grupa.
Cindy se estremeció al sentir la peluda mano del gigante en sus muslos, ascendiendo hacia su trasero con lentitud, y sintió unos enormes deseos de chillar y agitar las piernas.
Pero no lo hizo.
Tenía que seguir fingiendo que se hallaba desvanecida, porque sólo así tendría alguna posibilidad de escapar.
Hugo había alcanzado ya la puerta de la casa, pero no parecía tener prisa por entrar. En lo único que pensaba ahora, era en toquetear las piernas de la chica que llevaba sobre su hombro, suaves como la seda y en alcanzar su prieto trasero.
Y lo alcanzó.
Cindy se mordió los labios, para no gritar, cuando la manaza del gigante aprisionó sus nalgas.
Hugo sintió que su deseo crecía y tiró del pantaloncito rosa, descubriendo casi totalmente el redondo trasero femenino.
Cindy ya no podía más.
¡Estaba a punto de chillar!
Por suerte para ella, Hugo creyó oír un ruido en el interior de la casa.
Pensó que era el doctor Marlowe, que había subido en su busca, y se apresuró a subirle el pantaloncito a la muchacha.
Fue un gran alivio para Cindy.

Hugo abrió la puerta y entró en la casa.
Al instante, quedó paralizado por la sorpresa.
¡Acababa de descubrir que el doctor Marlowe se hallaba en poder de Ted Bevans y otro hombre, armado con un cuchillo!
Para Bruce Kendall también fue una sorpresa el ver que Cindy Merrill había sido atrapada por el gigantesco ayudante del doctor Marlowe, y se quedó tan paralizado como Hugo.
Igualmente sorprendido quedó Ted Bevans, quien no sabía que Bruce Kendall había acudido a la casa del doctor Marlowe acompañado de Cindy Merrill.
Y no menos sorprendido estaba Walter Marlowe, pues no tenía ni idea de quién podía ser la chica que su ayudante llevaba sobre el hombro izquierdo, aparentemente desvanecida.
Lo que sí sabía, es que la muchacha tenía unas piernas maravillosas, porque seguían totalmente visibles.
Bruce apretó los dientes y ordenó:
—Deja a la muchacha, Hugo.
—¿Quién es? —preguntó el doctor Marlowe.
—Una amiga mía.
—Qué sorpresa —sonrió el médico—. No dejes a la chica, Hugo. Y si el tipo que me amenaza con un cuchillo no te entrega su arma, rómpele el cuello a la muchacha —ordenó, con la mayor frialdad.
Cindy tuvo un fallo cardíaco, pero continuó inmóvil. esperando la oportunidad de escapar de las garras del monstruoso Hugo.
Bruce colocó su cuchillo en la garganta del médico.

—Si Hugo le hace el menor daño a Cindy, le rebano la nuez, doctor Marlowe.
-La matará si no arrojas tu cuchillo, estúpido.
—Y yo le mataré a usted, se lo juro.
—Eso no le devolvería la vida a tu amiga.
Bruce maldijo para sus adentros.
El doctor Marlowe conservaba su sangre fría, no le asustaba tener un cuchülo pegaoo a su garganta, seguramente porque adivinaba que él no se atrevería a utilizarlo mientras Hugo tuviese en su poder a Cindy.
Bruce cambió una mirada con Ted Bevans.
Este no dijo nada.
Comprendía, al igual que Bruce, que la ventaja estaba de parte del doctor Marlowe y su ayudante.
El médico dijo:
-Cuenta hasta cinco, Hugo. Y si el tipo sigue empuñando el cuchillo, acaba con la chica.
El corazón de Cindy volvió a fallar.
Tenía los ojos ligeramente entreabiertos y veía a Bruce, al doctor

Marlowe, y a Ted Bevans. Los veía al revés, claro por hallarse cabeza abajo, pero se daba perfecta cuenta de la situación.
Si Hugo decidía romperle el cuello, Bruce y Ted nada podrían hacer por evitarlo, pues se hallaban a casi diez metros del ayudante del doctor Marlowe y no llegarían a tiempo, por mucho que corrieran.
Para romperle el cuello, con la fuerza que tenía, Hugo necesitaba solamente un segundo.
El tuerto estaba contando ya.
—Uno... Dos... Tres...
Cindy adivinó que Bruce iba a arrojar su cuchillo y decidió entrar en acción. Lo primero que hizo, fue disparar su pierna izquierda hacia abajo, buscando el bajo vientre de Hugo con la punta de su zapato.
Tuvo la suerte de encontrarlo y el ayudante del doctor Marlowe bramó como un animal pillado en un cepo, al tiempo que se encogía y se llevaba las manos a la zona castigada.
Cindy se arrojó de cabeza al suelo, desde el hombro del gigante, y rodó por él.
Bruce se dijo que era el momento de atacar a Hugo y le entregó el cuchillo a Ted Bevans, indicando: . —¡Vigila tú al doctor Marlowe, Ted! ¡Yo me encargo de su ayudante!
—¡Tenga cuidado, señor Kendall! ¡Es un tipo muy peligroso! —advirtió Bevans.
Bruce corría ya hacia el tuerto.
—¡Defiéndete, Hugo! —rugió Walter Marlowe, rabioso, porque no esperaba que su corpulento ayudante se dejase sorprender por la chica que había atrapado.
Hugo trató de desencogerse, pero le dolían tanto sus órganos masculinos, que volvió a arrugarse, emitiendo un gemido.
Bruce llegó junto a él y empezó a sacudirle con los dos puños.
Los tenía duros.
Y pegaba fuerte.
Hugo, furioso, alargó sus hercúleos brazos de pronto e intentó atrapar a Bruce, pero éste se escabulló con habilidad y siguió castigando con sus puños al ayudante del doctor Marlowe.
Cindy se había puesto en pie con rapidez y se había apartado de Hugo, por si las moscas.

—¡Bravo, Bruce! ¡Atízale duro! —exclamó, entu-I siasmada.

El doctor Marlowe, en cambio, estaba que se lo llevaban los demonios.
—¡Defiéndete, estúpido! ¡Eres más grandote y más musculoso que él! ¡Te está poniendo en ridículo!
Hugo, colérico, se olvidó del dolor que sentía en sus genitales y saltó

sobre su rival de forma sorprendente.
Bruce, en esta ocasión, no pudo esquivar el ataque del tuerto y se vio atrapado por él.
Hugo le hizo la tenaza con sus poderosos brazos y empezó a apretar salvajemente.
—¡Te voy a partir el espinazo, bastardo! —rugió.
Bruce, arqueado hacia atrás, a causa de la terrible presión que sobre su espalda ejercían los férreos brazos del ayudante del doctor Marlowe, emitió un grito de dolor.
—¡Ya es tuyo, Hugo! —exclamó Walter Marlowe, con clara expresión de júbilo.
Ted Bevans se disponía a correr en ayuda de Bruce Kendall, cuando vio que Cindy Merrill saltaba ágilmente sobre la espalda de Hugo, le rodeaba el cuello con su brazo izquierdo, y le buscaba su único ojo con la mano derecha.
El ayudante bramó cuando las uñas de Cindy se clavaron en su ojo.
—¡Suéltalo, pedazo de bestia! —ordenó la valerosa muchacha.
Hugo no tuvo más remedio que soltar a Bruce, porque Cindy parecía decidida a arrancarle el ojo que le quedaba y dejarlo ciego. !

—¡Déjamelo a mí, Cindy! —pidió Bruce.

La muchacha saltó de la espalda de Hugo y se alejó con rapidez.
Bruce empezó a golpear al ayudante del doctor Marlowe.
Hugo no pudo esquivar ni detener un solo puñetazo, porque se había quedado momentáneamente ciego.
Bruce consiguió derribarle.
Entonces, dejó de utilizar los puños y pasó a utilizar las piernas.
Necesitó tres patadones para dejar inconsciente al .. mastodonte de Hugo, pero lo logró.
El doctor Marlowe, viéndose perdido, trató de sorprender a Ted Bevans, pero éste la emprendió a male-tinazos con él y lo dejó sin sentido, como Hugo.
—¡Pues no tenía yo ganas de sacudirle ni nada! —exclamó, cuando ya el médico yacía en el suelo.
Bruce y Cindy se echaron a reír, antes de abrazarse y besarse en los labios.

EPILOGO

La policía se había hecho cargo ya del doctor Marlowe y de su ayudante, y el cadáver de la sirvienta había sido trasladado al Depósito en el furgón del forense. Después de conocer los hechos con todo detalle, el teniente que mandaba a los detectives, que habían acudido a la casa del doctor Marlowe tranquilizó a Ted ¡ Bevans,

asegurándole que no tendría que responder en ¡ absoluto por la muerte de Gladys. ! El responsable de la muerte de la sirvienta, era el diabólico doctor Marlowe. Y pagaría por ella, como por todo lo demás.
Cuando el interrogatorio acabó, Ted Bevans fue al apartamento de Caroline Platt, para explicarle por qué no había pasado a recogerla aquella noche.
Bruce Kendall acompañó a Cindy Merrill a su apartamento.
Cuando detuvo el coche, Cindy pidió: —Sube, Bruce. 1 —¿No es demasiado tarde...?
—Por eso. Tú vives en las afueras de la ciudad, y no quiero que pierdas más tiempo. Dormirás en mi apartamento.
—¿En el sofá del living?
—En mi cama.
—¿Contigo?
-Si.
—Me sorprendes, Cindy.
—No pasará nada, porque tú no estás para diversiones esta noche. Tú mismo lo dijiste, ¿recuerdas?
Bruce carraspeó.
—Me he recuperado bastante, Cindy.
—¿Quieres decir que puede pasar algo...?
—Mucho.
—Bueno, pues que pase.
—¿No te importa?
—Creo que lo deseo tanto como tú, Bruce.
Kendall la abrazó.
—Te quiero, Cindy, estoy seguro.
—Yo también, Bruce.
—¿Te casarás conmigo?
—Cuando tú quieras.
—Será muy pronto, Cindy —aseguró Bruce, y la besó en los labios con vehemencia, viéndose correspondido por ella.

FIN